

La Esfera

ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID

Año I * Núm. 17

Precio: 50 cénts.



Camarón

Entre amigas.



Muchas gracias

*Querida mia
El nombre de
ese jabón
tan delicioso
es Heno
de Pravia*



Ehrmann.

Año I

25 de Abril de 1914

Núm. 17

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

D. MANUEL TOLOSA LATOUR

Eminente médico español, á cuyos desvelos se debe la organización de la Asamblea de Protección á la Infancia, celebrada en Madrid recientemente

El Sr. Tolosa Latour es el creador de la benéfica Institución de Protección á la Infancia y Represión de la Mendicidad, que funciona desde 12 de Agosto de 1904

DE LA VIDA QUE PASA REALEZA Y FEMINISMO

PROCLAMAR la independencia de la mujer y su acceso á todas las profesiones que hasta hoy eran del hombre exclusivas, es una de las últimas flores de decadencia que crecen en el corazón social. Y es una flor que empieza á mostrar sus renuevos entre nosotros hoy día.

La ciencia, empero, la considera como una utopía contraria á toda experiencia. Está demostrado por Hunter, Burdach, Haeckel, Darwin y Ellis, que el hombre excepcional es más frecuente que la mujer excepcional, y el feminismo no puede cambiar los términos de esta proposición. Por otra parte, el instinto maternal es en la mujer tan secreto como los propios pensamientos, tan individual como el respirar. Los que, desdendiendo este hecho, tienen en poco ó nada esperan de la misión fisiológica de la mujer, no ven más que cierto aspecto frívolo ó ciertas consecuencias galantes que las costumbres modernas permiten, autorizan y hasta provocan en daño del bello sexo.

No negaré que la educación rectamente entendida deba fundarse en la igualdad de todos los que tienen humana figura.

Fuera de la antedicha función fisiológica, todas las ocupaciones de la mujer no pueden y no deben ser si no accesorias; al hombre es á quien corresponde asegurarle los medios de existencia. El trabajo de la mujer, en cuanto medio de existencia, es insuficiente desde todos los puntos de vista; la mujer no ha de verse obligada á trabajar para vivir.

Necesita una instrucción y sobre todo una educación suficientes, pero diferentes de las del hombre; y es lamentable que desde hace algunos años se tienda á dar á los dos sexos una instrucción de la misma naturaleza que la que antes era la carga del hombre solo; las jóvenes no aspiran ya á ser desposadas, esposas, madres de familia, y no piensan más que en sustraerse á estos deberes naturales, por la conquista de diplomas que hará de ellas seres sin sexo, inútiles y sin encantos.

Son muy significativas las siguientes palabras de la reina Victoria de Inglaterra, dirigidas al rey de los belgas: «Nosotras, mujeres, no estamos hechas para gobernar, y si somos buenas mujeres, debemos mirar con antipatía las ocupaciones masculinas... Cada día estoy más convencida de que nosotras, mujeres, si hemos de ser buenas mujeres, femeninas, amables y dignas de formar un hogar, no estamos hechas para reinar.»

Los adversarios del antifeminismo gustan especialmente de criticar á los que fundan la no instrucción científica del bello sexo en el hecho de que, en punto á educar bien é íntegramente á sus hijos, las mujeres madres son instintivas, conociéndolo todo sin haber aprendido nada. Pero no es preciso molestarse mucho para ver que aun el campo de los feministas produce sanedeces por el mismo estilo. El filósofo Stuart Mill contesta, á los deseosos de saber cómo una mujer podría, bajo el régimen feminista, gobernar y dictar leyes, en estos términos: «El gran mérito de las reinas, que la experiencia histórica confirma en Europa, aparece aun más evidente si extendemos nuestras observaciones al Asia. Cuando un principado de la India es gobernado con vigor, vigilancia y economía; cuando el orden reina en él sin opresión; cuando el cultivo de las tierras se extiende y el pueblo vive más feliz, es, tres veces por cuatro, una mujer la que reina.»

Este hecho, que estaba muy lejos de prever, me ha sido revelado por una larga práctica en los negocios de la India. De él hay muchos ejemplos; porque, aunque las instituciones indias excluyen á las mujeres del trono, les dan la regencia durante la minoría del heredero; y no hay que decir lo frecuentes que son las minorías en un país en que los príncipes pere-

cen prematuramente víctimas de su ociosidad y de sus desarreglos. Si consideramos que esas princesas no han aparecido nunca en público; *que no han hablado en su vida á un hombre que no fuese de su familia, á no ser ocultas por una cortina; que no leen, y si leyesen, no encontrarían en su lengua un libro capaz de darles la más ligera noción de los asuntos públicos, que-*



Detención de una sufragista revoltosa en Londres

daremos penetrados de que presentan un ejemplo convincente (!!) de la *aptitud natural de las mujeres para el Gobierno.*»

Aquí encontramos á Stuart Mill sumido en el escolasticismo; su «aptitud natural» es la más bella *qualitas occulta* que pueda desearse. Pero el célebre feminista, escolástico en esto y gran lógico de añadidura, hubiera debido recordar aquel aforismo de la lógica escolástica de que *quod nimis probat, nihil probat*. Como es obvio, Stuart Mill, al hablar de reinas que son espontáneamente excelentes políticas, supone que para gobernar bien no se requieren vastos y variados conocimientos. Pero tal suposición es arbitraria. No es que yo crea que una sociedad dirigida por un arcópago de profesores versados en las ciencias teóricas, como la que soñaba Comte, fuese la mejor gobernada; creo, por lo contrario, que los gobernantes mejores son aquellos de mucho sentido práctico, á quienes su profesión ó su instinto pone en contacto con la realidad de la vida, por lo cual me explico la justicia, y más que la justicia, la conveniencia del sufragio universal. En tal concepto, no negaría yo á las reinas de la India dotes gubernativas porque no leen libros que hablen de asuntos públicos. Pero ¿es posible concederles en serio esas dotes, sabiendo, como nos enseña Stuart Mill, que no



Las operarias de una fábrica de Millwall (Inglaterra), declaradas en huelga, haciendo alarde de su buen humor frente á la desesparación de sus patronos

aparecen en público nunca, y que no hablan en su vida á un hombre que no sea de su familia, á no ser ocultas por un cortinaje? ¿De dónde nacen sus aciertos? Comprendo que un hombre dé en el blanco con los ojos vendados, pero no sin hallarse en el mismo campo de tiro. ¿Se trata, pues, de una inspiración, de una adivinación, de una doble vista? ¿No es más natural creer que esas reinas de la India, modestas en su ignorancia, declinan en sus ministros la solución de problemas prácticos de que no poseen un solo dato concreto? Antes de escribir las muchas páginas que á tan inoportuno tema dedica, Stuart Mill hubiera debido preguntarse si los mismos reyes reinan sin gobernar; si han sido en general otra cosa que vanidosas víctimas de sus oficiosos consejeros, y si, desde este aspecto, las historias pragmáticas de las dinastías son más que puras novelas absolutamente extrañas á la realidad.

Sin que yo crea que á las mujeres debe educárselas con la rigurosa metodización que á un animal doméstico, sostengo que se las debe educar de un modo muy diferente á los hombres, puesto que, comparados uno y otro sexo, ofrecen diferencias fisiológicas, morales y sociales acentuadísimas. ¿Quién puede acusarnos de ir contra los intereses femeninos cuando pedimos esta diferencia en la educación? ¿Ni quién se atrevería á suponer que, en la división de las funciones humanas, aparece la mujer como inferior al hombre?

El mismo Moret, tan conciliador y tan equilibrado, que tanto ponderó el espíritu práctico de los ingleses, al dar puesto á las mujeres en las organizaciones administrativas referentes á la higiene, á la caridad y á la administración local, y para quien la mejora de la mujer es uno de los ideales que el siglo xx ha heredado del siglo ix; este eminente hombre público, á pesar de sus concesiones, afirmaba y reconocía que nada en la humanidad es superior ó inferior, y si, desde un aspecto aparece como relativo, pronto la observación revela su necesidad fundamental.

El niño no es superior al adulto, ni el adulto al anciano; los tres representan el desarrollo gradual de la existencia y los tres estados son esenciales para que el género humano realice su destino.

De igual modo, no hay contraste entre la niña, la adulta y la anciana, sino que la función femenina se desenvuelve en sus tres grados: hija, esposa y madre, dándose en cada una de ellas el enlace con el pasado, la compenetración con lo presente y la iniciación del porvenir. Y si se piensa que la cadena se repite, que la esposa ha sido hija, que la hija será mañana ú otro día madre, se verá claramente, meridianamente, cómo en el infinito encadenamiento de los seres, la humanidad realiza su existencia por los medios que nacen de su propia esencia.

Con lo cual se dice que el que se proponga la elevación de la mujer, no puede andar por los senderos que pretenden llevarla á la igualdad con el hombre; esta es una utopía absolutamente irrealizable; antes bien ha de procurar mantener aquella distinción y diferencia que, exaltando su dignidad, acrecienta los medios de ejercitar su influencia bienhechora sobre la sociedad. Influencia que no podrá realizarse sino aquilatando el *etero femenino* que Goethe proclamaba en su *Fausto* inmortal, y que será siempre la fórmula más exacta y más elevada de lo que encierra y significa el concepto de la mujer.

El contraste, ley del mundo, se impone á las relaciones sexuales, como norma de equilibrio. Pensar de otra suerte, es vivir en el mundo de lo irreal.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO


 UNA NUEVA OBRA DE GALDÓS
 


Una escena del segundo acto de "Alceste", tragicomedia del insigne Pérez Galdós, estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid FOT. SALAZAR

El mito de *Alceste*, símbolo del sacrificio conyugal, que constituyó en la época brillante de la escultura helénica, asunto frecuentemente inspirador del cincel de los artistas, ha sido también llevado á la escena y al poema, con mayor ó menor fortuna, por los dramaturgos y poetas. Esta dolorosa fábula de la hermosa hija del rey Pelias, ganada por el héroe Admeto en épica hazaña, y que ofrendó á las Parcas su vida para salvar la del esposo, amenazado de muerte, sirvió á Eurípides para trazar una de las más hermosas producciones del teatro griego; muchos siglos después, para proporcionar al genio de Gluck sobre un libro de Calzabigi, acaso la obra dramática musical

de más importancia en la décima octava centuria. Nuestro glorioso Galdós recoge hoy esa lejana historia de los tiempos heroicos, que hubo de cantar en versos de oro el viejo poeta ateniense, y en notas mágicas el gran revolucionario musical, para narrarla en su prosa castiza, vibrante y cálida, sobre la que no pesa, ciertamente, la acción de muchos años de intensa labor. Sin amoldarse rigurosamente al mito, aderezando la fábula original con elementos nuevos, y adaptando el procedimiento técnico á los gustos actuales del público, el insigne Galdós ha sabido componer una de las obras teatrales más considerables del teatro contemporáneo.

LA ESFERA

LITERATOS ESPAÑOLES



DIBUJO DE GAMONAL

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ "AZORÍN"

Ilustre escritor, cuya firma es una de las que gozan en la actualidad de más sólido prestigio en España

UN ARTÍCULO DE "AZORÍN"

LA GENERACIÓN DE 1898

Se desea que escribamos algo sobre la generación de 1898. Hace poco Roberto Castrovido publicaba en *El País* unos briosos artículos hablando de aquellos muchachos. No es el autor de estas líneas el más indicado para esta obra; se le pudiera tachar de parcialidad; otros nombres vendrán—ya están llegando—que hagan desapasionadamente el balance de aquel período. Pero á los jóvenes de 1898 les será permitido suministrar datos, noticias, pormenores de una época en que ellos intervinieran; esos datos podrán servir de indicaciones para estudios y exámenes escrupulosos é imparciales. Perdónese, pues, al autor de estas líneas. Que cada cual cuente lo que sepa. No sabemos quién ha dicho que todo el que relata algo de lo que á él le ha ocurrido, puede contar algo interesante.

En 1898, Joaquín Dicenta había estrenado ya *Juan José*, y Jacinto Benavente *Gente Conocida*. Dicenta representaba para los nuevos escritores la pasión popular, el ímpetu, el lirismo romántico y libre. (¡Qué soberbiamente hacía Vico—ya un poco viejo y cansado, pero no decadente—el protagonista del drama de Dicenta!) Benavente era fino, delicado, aristocrático. Tenía para nosotros el prestigio, un poco inquietador, de la ironía. Formaba ya grupo aparte; su nombre iba unido á una idea de erudición de cosas extranjeras, de poetas ingleses, acaso de un poco de indiferencia—como en Larra—hacia nuestros valores clásicos. Dicenta se mezclaba más con nosotros; era más enérgico, más violento, más rebelde.

Nos reuníamos unas veces en casa de Dicenta y otras en casa de Ruiz Contreras. Recordamos un patizuelo interior de la casa de Dicenta; un patizuelo silencioso. ¿Había allí un árbol y unos claveles? ¿Dónde estaba aquella casa? Nosotros no teníamos nada; no sabíamos qué suerte iba á ser la nuestra al día siguiente. Y nuestro camarada Dicenta, que tan bondadosamente nos acogía; Dicenta, aclamado por los públicos de toda España; Dicenta, rebelde, altivo, despreciador de todo lo oficial y lo sancionado; Dicenta tenía un pequeño patio silencioso de que disponer. ¿Cuándo, nosotros, bohemios, llegaríamos á gozar de este silencio para escribir bellas obras?

Luis Ruiz Contreras: el patriarca, el organizador de las huestes de 1898. Ruiz Contreras: un hombre que posee una copiosa biblioteca. Libros franceses, libros ingleses, libros italianos. Léelos todos, examinados todos; pero no os lleveis ninguno. Nos sentamos en amplios sillones; charlamos á gritos; discutimos las obras nuevas; imprecamos—desde lejos—á los maestros.

Ruiz Contreras funda una revista: la *Revista Nueva*. Todos escribimos aquí; poetas, filósofos, críticos. Aquí está Unamuno; aquí Rubén

Dario; aquí Baroja; aquí Maeztu. La revista es chiquita, ligera, traviesa, agresiva. Ha pasado el tiempo; han transcurrido muchos años. De tarde en tarde, en un baratillo de libros viejos, encontramos un número de la *Revista Nueva*, y un poco emocionados, un poco entristecidos—¡oh, Tiempo!—echamos una mirada rápida por *Nicodemo el fariseo*, de Unamuno, ó por la *Patología del golfo*, de Baroja.

Maeztu es terrible, detonante, explosivo. Habla de Nietzsche. Tiene gestos de inaudita intrepidez. Escribe en una prosa cálida, nueva, rápida, pintoresca. La voz encantadora, atrayente, sugestiva de Maeztu, es melódica, rotunda, insinuante, dominante. Los ojos de Maeztu, en una faz cetrina, pálida, brillan con fulguraciones geniales. Cuando Maeztu comienza á pasearse agitado, nervioso, por una estancia, frotándose nerviosamente las manos, no sabemos ni lo que va á hacer ni cómo va á concluir. Y ¡qué ímpetu tan gallardo este de sus artículos iconoclastas!

—Querido Ruiz Contreras: ¿cómo principié Baroja?

—A Baroja—dice Ruiz Contreras—lo descubrí yo. Yo hice que Baroja escribiera; sin mí, á estas horas Baroja no sería más que panadero. Y tiene algo de razón Ruiz Contreras; tiene razón al decir que él hizo que Baroja escribiera las primeras páginas. Fué en la *Revista Nueva*.

¿Ya estaba entonces calvo Baroja? ¿Ya mostraba entonces esa arcada tan perfecta y armoniosa de su vasto cráneo? Baroja pasea, deambula, peregrina por Madrid y por toda España. He aquí un hombre que no tiene plan. «No sé lo que hacer; no tengo plan». Definición de Baroja: *el hombre que no tiene plan*. No tiene plan, pero ¡qué fertilidad de ideas! ¡Qué visión honda y original de las cosas! De esta tan perfecta y armónica bóveda craneana han salido los libros más profundos, más libres, más originales de la España contemporánea. Sencillamente, espontáneamente, con la espontaneidad con que un frutal da su fruta, Baroja va sembrando en sus novelas las ideas más innovadoras y disolventes.

Valle-Inclán ha publicado un libro: *Epitalamio*. Tiene para nosotros el sortilegio del estilo: un estilo refinado, elegante, ático, lleno de ensueños y de poesía, como no lo habíamos gustado jamás. Lleva unas largas melenas Valle-Inclán. Acaba de llegar de Galicia. ¿Es un gran señor? ¿Es el último de los conquistadores de América? Es, sí, un grande, un soberano señor de la prosa castellana. Ha publicado, allá en su tierra, un libro del que no se encuentran ejemplares en Madrid. Ricardo Fuente posee uno, y de cuando en cuando, como quien nos hace un exquisito regalo—y lo es en efecto—lo saca del

bolsillo, y, con dicción admirable, nos lee unas páginas. Valle-Inclán ha recorrido las librerías con *Epitalamio*; no ha colocado más que cuatro ó seis ejemplares. Genialmente, con altivez magnífica, Valle-Inclán abre la ventana del café y lanza su librito á la calle.

Las influencias. Sobre la generación de 1898 han obrado diversas influencias. Ha influido Nietzsche; han influido los pensadores anarquistas; ha influido el paisaje de Castilla y las viejas ciudades; ha influido la pintura. Sobre Valle-Inclán han ejercido una honda influencia las tablas de los pintores primitivos; nada más afín espiritualmente á ese arte que la concepción literaria del gran prosista. Sobre Maeztu ha pesado Nietzsche. Sobre Baroja ha gravitado el panorama castellano y la visión de las ciudades muertas.

Silverio Lanza: enigmático, mefistofélico. Aparece y desaparece. ¿No vive en Getafe? ¿No tiene una casa llena de misteriosos aparatos eléctricos que suenan en cuanto el visitante avanza un pie? Aparece, sonrre irónicamente, desaparece. Aparece, nos entrega un libro lleno de cosas raras, desaparece. Aparece, lanza un discurso incongruente, desaparece.

¿Y estos tipos de extranjeros que han convivido con nosotros un momento y nos han traído una visión de Europa? Pablo Smith, el doctor alemán, silencioso, curioso, en el patio del Paular, en tanto que la fuente susurra, lee á Pío Baroja, con voz lenta, meliflua, un volumen de la correspondencia de Nietzsche. A medida que lee, va traduciendo en castellano las páginas del trágico pensador. Arriba el cielo se extiende límpido y azul.

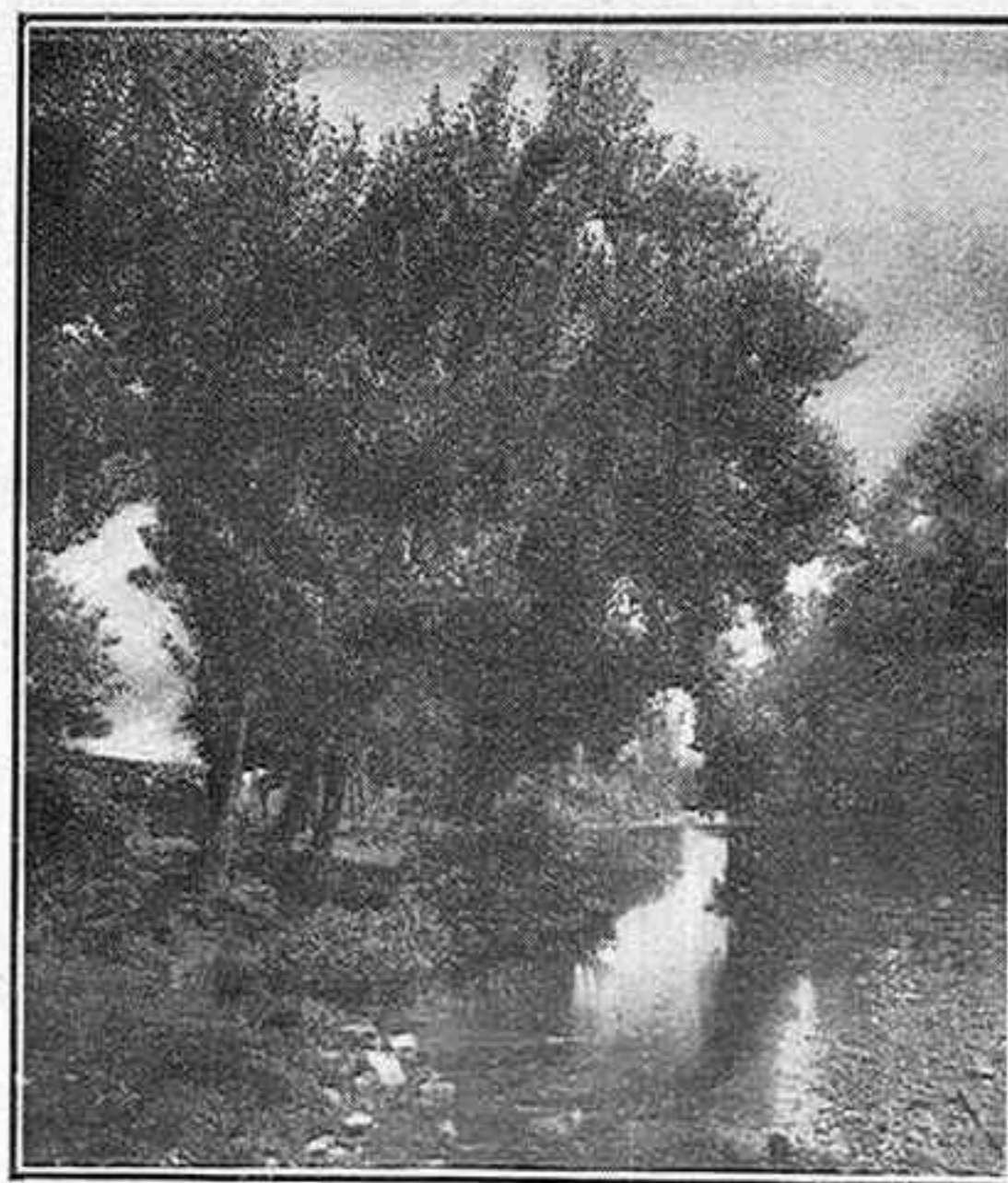
¿Dónde está, en la gente novísima, querido Dicenta, el grito de rebelión de aquellos mozos de antaño? ¿Dónde están aquel ímpetu, aquel ardor, aquel gesto de independencia y fiereza? Ahora, ¿qué es lo que hacéis, jóvenes del día? ¿Tenéis la rebelión de 1898, el desdén hacia lo caduco que tenían aquellos mozos, la indignación hacia lo oficial que aquellos muchachos sentían?

Otra generación ha llegado. Hay en estos jóvenes más método, más sistema, una mayor preocupación científica. Son los que este núcleo forman, críticos, historiadores, filólogos, eruditos, profesores. Saben más que nosotros. ¿Tienen nuestra espontaneidad? Dejémosle paso. Digamos de ellos, nosotros, ya un poco viejos, lo que Montaigne decía de los mozos de su tiempo: *Ils ont la force et la raison pour eux; faisons leur place.*

AZORÍN

EL IDILIO ROTO

Por lo más hondo de la selva umbría
volaba una calandria tan canora,
que lanzaba su dulce melodía
desde el instante en que asomar veía
los primeros albores de la aurora,
hasta ponerse el sol del nuevo día.
Pintado de encarnado y amarillo,
decía un jilguerillo
en tono lastimero,
escuchando los trinos de su amiga:
—Yo no puedo cantar, aun cuando quiero,
porque el canto me cansa y me fatiga.
Mas como sabes que me gustan mucho
las notas de cristal de tu garganta,
con gran delectación tu canto escucho,
pues como cantas tú, ninguna canta.—
Preciada de su voz dulce y suave,
cantaba cada vez con igual brío
que el incansable ruiseñor canoro,
y bajaba á beber medrosa el ave
el agua pura y límpida de un río
á fin de refrescar su pico de oro.



Caliente su garganta,
las aguas de aquel manso riachuelo
apagaron sus más ardientes notas,
y fué su pena tanta,
y tal su desconsuelo,
al ver sus cuerdas aflautadas, rotas,
que ya no pudo levantar el vuelo.
Del nuevo día al despuntar la aurora,
cabe la margen del humilde río,
yacía la calandria cantadora
en aquel tan sombrío
paraje solitario,
envuelta en el sudario
de las gélidas perlas del rocío,
y junto al cuerpo frío,
inanimado y yerto
de la calandria que en la selva umbría
cantaba al despertar el nuevo día,
el pobre jilguerillo... ¡quedó muerto!

GONZALO CANTÓ

NUESTRAS VISITAS
HABLANDO CON "AZORÍN"

AZORÍN» habita en la calle de Los Madrazo, en una casa ni modesta ni fastuosa. Cuando hemos llegado al portal, casi se ha cerrado la tarde entre nubes y agua. Comienza á caer una lluvia menuda y furiosa.

Al detenernos para cerrar el paraguas y sacudirnos el pantalón, zapateando fuertemente el suelo, hemos podido ver que el taconeo precipitado que veníamos oyendo tras de nosotros por la calle de Los Madrazo, lo produce una linda y menuda mujercita, que al pasar por nuestro lado nos asesta con sus ojos, rabiamente negros, una mirada burlona de frívola coquetaría... La vemos caminar; bien calzada, bien arrezagada, luciendo la carcajada de encajes de sus bajos y las medias de seda transparente. Va dejando en pos de ella una dulce emanación de perfume fino, que nosotros aspiramos con deleite. Sigue..., sigue; después se detiene, gira airosa, nos busca con sus ojos hechiceros y entra en un portal. ¡Es la puerta del escenario de la Zarzuela!.. Este epílogo nos ha desencantado un poco. Y paso tras paso, avanzamos por el zaguán de la casa donde vive el «pequeño filósofo» á quien hemos de dedicar esta tarde. Con algo de precaución, hasta tanto que nuestros ojos se hacen á las tinieblas de los primeros tramos de la escalera, llegamos al piso principal. Un poco amilanados, oprimimos el timbre. Nos abre una doncellita pizpireta que sonrío amable, pero que «no sabe si está ó no en casa el señorito». Nosotros, que somos más mundanos, más expertos que esta ingenua, doncellita; nosotros, que acostumbramos á bucear toda la vida de un hogar en el gesto de un sirviente, hemos comprendido que «Antonio Azorín» está en casa, que nos está esperando, y que para poder charlar libremente con nuestra compañía ha tomado la precaución de no estar para nadie.

Y decididamente, después de dejar el impermeable y el paraguas en el perchero, nos internamos por un pasillo que termina en una habitación clara. Es este sin duda el despacho de «Azorín». Todo lo miramos con cariño. «Azorín» es para nosotros uno de los jóvenes maestros más simpáticos y por el que sentimos la más sincera admiración.



JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)
en su gabinete de trabajo

FOT. CAMPÍA

Todo en este despacho es coquetón, sencillito, y se observa el mayor concierto y orden. Los muebles son estilo «Imperio»; sobre la mesa hay: un pequeño diccionario de las lenguas francesa y española, el Quijote, un volumen pequeñito de los «Romances del Duque de Rivas», otro (este más diminuto) de las obras de Quevedo. Hay también varios libros franceses, entre ellos «Dans les champs du pouvoir» de Clemenceau. De las paredes penden grandes fotografías de nuestras más preciadas joyas pictóricas: «El Caballero de la mano al pecho», «Doña Mariana de Austria», «Felipe IV» y un fragmento de «Las Meninas».

Y poco más hay en esta habitación apacible. Por el balcón penetra una luz gris, tamizada suavemente por el *stor* de hilo y encaje.

En la calle, la lluvia continúa su monótono canto de aburrimiento.

«Azorín» se ha presentado enseñando á estrecharnos la mano. Cortesmente nos invita á tomar asiento, y, antes de formalizar el diálogo, permanece un instante en silencio, observándonos á hurtadillas con cierto recato; acuciado por el vago temor de defraudar con una palabra insulsa ó con un gesto indolente nuestra gran admiración.

Nosotros, lector, queremos que tú conozcas bien á este magnífico prosista y allá van unos ligeros rasgos de su persona y algunos gestos de su espíritu. «Azorín» es más bien alto y recio; se mueve con lentitud, con frialdad, con flema y a nqui. Su rostro, redondo, de tez blanca, algo velada por el sol ó por el mar, lo lleva pulcramente rasurado, menos por el labio, que lo cubre un bigote cortado á la inglesa. Sus ojos, melancólicos é inexpressivos, son verdes á una luz, azules á otra y grises esta tarde; cuando interroga con la mirada ó escucha atento los bizca un poco. Apenas tiene señaladas las pinceladas de las cejas. Su frente, amplia, orlada por cabellos rubios y lacios ya está partida por una profunda arruga... La indumentaria es muy atildada. Traje negro, corbata verde y botines color marrón.

Ya no usa monóculo... El oculista un día lo entristeció con estas palabras cortantes: «Si sigue usted llevando eso se estropeará la vista.» Y «Azorín» ha preferido sacrificar este

distintivo caprichoso. Pero este buen maestro no habla; será en el fondo un gran pensador; es á la superficie de sus libros un gran literato y un hondo filósofo, pero no está dotado de la elocuencia.

Le exponemos el objeto de nuestra visita, en cuatro palabras:

—LA ESFERA quiere rendirle á usted un homenaje en sus páginas... Yo quiero dar la impresión de esta visita...

Nos ha escuchado con atención, después ha hecho un gesto de complacencia y, por último, se ha sonreído levemente, sin siquiera despegar los labios.

—Yo agradezco á ustedes esta atención... LA ESFERA es una gran revista. Los trabajos de usted me gustan mucho...

—¿Lee usted todos?...—inquirí.

—Sí señor; todos.

—¿Qué le pareció á usted la información de la Biblioteca?...

—Es la que leí con más gusto... Estaba perfectamente observada y justa. Toda crítica es una colaboración que se hace para el mejoramiento de lo criticado. Yo no he ido ni una vez á la Biblioteca que no me ocurriese algo desagradable. Y la cuestión es que el personal es de lo más idóneo del Cuerpo de Bibliotecarios, pero...

—La dirección es fatal —terminamos nosotros. Asintió con una sonrisa.

«Azorín», habla con voz queda, cortando mucho las oraciones y sin pronunciar las *oo*.

—¿A qué edad empezó usted á escribir?—preguntamos.

—Muy joven. Ya á los diez y seis años colaboraba en los periódicos de provincias, después en *El Pueblo*, de Valencia; luego llegué á Madrid y entré en *El País*, que lo dirigía entonces Lerroux; por cierto que simpatizamos mucho, y yo llegué á estimarlo cordialmente; recuerdo que por entonces le serví de testigo en un lance que tuvo con Escuder; y estuvo muy valiente, ¡muy valiente!...

Calla; pero advierte nuestro gesto interrogativo y prosigue:

—Fundó Lerroux *El Progreso* y yo me marché con él; después formé parte de las redacciones de *El Globo*, *España* y *El Imparcial*, y por último pasé, ya hace años, á la de *A B C*, donde estoy.

—¿Qué le gusta á usted más?... ¿La labor periodística ó la del libro?...

—La periodística—exclama, rápido.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?...

—Diez ó doce volúmenes.

—¿Cuál es el que más se vende?...

—*Voluntad*.

—¿Y cuál ha hecho usted con más cariño?...

—En *Las Confesiones* puse más espíritu, más ilusión. Además es el de mayor éxito literario.

—¿Cuánto le han producido sus libros?...

—Muy poco: El que más, que ha sido *Voluntad*, dos mil pesetas. Yo vivo y he vivido siempre del periodismo.

—¿No ha hecho usted nunca nada para el teatro?...

—Sí; hice una cosa, que no se ha estrenado, y que publiqué en un volumen: *La fuerza del amor* se titulaba. Y no haré nada más de teatro; yo no tengo condiciones.

Hay un silencio. La lluvia persiste tenaz. «Azorín», espera, sonriente, nuevas preguntas, y reanudamos la plática.

—Y, dígame usted, «Azorín». ¿Cómo se explica usted esa resistencia de la Academia á que usted entre á formar parte de ella?...

—No sé; pero no creo que sea exclusivamente contra mí; es una re-

sistencia sistemática hacia toda la gente que representa novedad y evolución; porque lo absurdo no es que no me elijan á mí; pero ¿porqué no á Cavia, á Cejador, á Valle-Inclán, á Dicenta?... ¿No es una vergüenza que ninguno de estos soberanos literatos tenga asiento en la Academia? ¿Es que, acaso, Leopoldo Cano tiene más méritos para ser académico que Joaquín Dicenta?... ¿Navarrotreverter, que Cavia?... ¿Miguel Echegaray, que Valle-Inclán?... Y lo que ocurre con doña Emilia Pardo Bazán, es también absurdo. Se apoyan los señores académicos para no aceptar á doña Emilia en los precedentes. Pero ¿es posible que ignoren esos señores académicos, que invocan el precedente, que ya hubo una académica?... El año 1874 se le dió posesión del cargo de académica á la señora Guzmán de la Cerda... Además, doña Emilia ¿no tiene bastantes más méritos que muchos de los que allí hay?...

«Azorín» se detiene. Le ofrecemos un pitillo, lo rechaza con horror. Y después de aspirar nosotros una larga bocanada de humo, continuamos:

—¿Qué opina usted del actual momento literario?...

—Opino que hay ahora un gran vigor, un gran movimiento en mucha gente joven que vale, sobre todo en el terreno de la erudición y muy es-

pecialmente en los discípulos de Menéndez Pidal. En el campo literario hay maestros bien jóvenes, como son Baroja, Valle-Inclán y Bueno. Se advierte también en la literatura una evolución sana de realidad, de atención y de observación hacia las cosas españolas. Las corrientes periodísticas son también más provechosas. Ahora el periodista trabaja más, sabe más cosas, y por consiguiente, es mayor su valor que hace años.

—¿Y de teatro?...

—Yo no salgo nunca de noche, y por consiguiente, al teatro voy muy rara vez. Sin embargo, estoy enterado porque leo todo lo que se estrena, y mi parecer es que hay ahora cuatro ó seis dramaturgos de amplia mentalidad: Benavente, Dicenta, Linares, Valle-Inclán, Marquina, Villaespesa y alguno más.

«Azorín» torna á callar y queda un momento absorto. Nosotros volvemos á trabar el diálogo.

—Y de su vida política ¿qué me dice usted?...

—¡Oh! ¡Oh!...—desecha, sonriendo burlonamente.—Yo soy un político muy pequeño...

—Usted ¿no fué republicano?...

—Sí, señor; yo empecé siendo amigo de aquel gran Pí y Margall. Murió y quedé retraído. Y cuando yo hacía en *España* las crónicas parlamentarias, fuí dándome cuenta de cerca de lo mucho que valía Maura, y me sedujo su gloriosa

personalidad; é insensiblemente se fué apoderando de mi admiración... Trabamos amistad y me trajo por primera vez á las Cortes.

—Y en la actualidad, ¿en qué situación está usted con D. Antonio?...

—En relaciones cordialísimas — se apresura á contestar.—Hoy precisamente nos hemos visto en un entierro y ha tenido para mí toda clase de deferencias.

Medita un instante y prosigue:

—Todo el mundo sabe que soy incondicional de Cierva; que él es mi gran amigo político y mi jefe. Tengo una gran fe en sus dotes de gobernante; pues me parece un hombre excepcional.

Y «Azorín» de pronto se ha puesto de pie y ha exclamado, amable:.

—Van ustedes á tomar el te con nosotros...

Y sin esperar nuestra réplica nos ha puesto la mano á la espalda y nos ha obligado á ir por todo el pasillo delante de él.

En el comedor la mesa está puesta y todo preparado. Hay *magdalenas*, roscones de huevo, bizcocho con pasas; todos estos dulces están hechos en Monóvar, de donde es «Azorín». Nosotros aceptamos primero una copa de vino dulce del año 1881. Y brindamos por el joven maestro, por su gentil esposa y por una angelical sobrina, en compañía de los cuales apuramos á pequeños sorbos nuestra taza de te con leche.



«Azorín» con su esposa

FOT. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



TIPO GITANO, cuadro de E. Sanz y Sanz

MARRUECOS PINTORESCO



BIBLIOTECA
MADRID

ARCO QUE DA ENTRADA AL CUARTEL DEL TABOR DE LA POLICÍA INDÍGENA, DE TETUÁN FOT. C. DE LA MAZA

DE NORTE A SUR



La princesa Augusta Victoria, esposa de D. Manuel de Braganza, vestida con un traje de aldeana portuguesa

Un retrato romántico

He aquí una página arrancada del libro de Daudet, *Los reyes en el destierro*, ó del de Le-maitre, ó de *Le sceptre de Hermant*.

La princesa Augusta Victoria, esposa del ex rey Manuel de Portugal, se ha retratado en los jardines de su palacio de Richmond, vistiendo un traje de aldeana portuguesa.

Todo en esta princesa que se casó para no reinar, es de un simpático romanticismo. Su boda misma lo fué. Su arranque ibseniano de abandonar al marido por no se sabe qué ocultas razones, también... Su resignación luego. Y ahora esta nostalgia de vestir el traje de una nación amada en el amor del amado, perdida para siempre, bajo cuyo cielo no sentirá nunca vitoreado su nombre...

¿Qué te ha impulsado, princesita de poema, á disfrazarte de aldeana de un reino que perdiste antes de ser ex reina? ¿Fué la gaya seducción del traje vistoso y colorista? ¿Fué una argucia política de las Cancillerías buscando el corazón sentimental de los portugueses que cantan fados á la luz de la luna? ¿Fué cansancio de tu realeza sin reino, de tu corona sin poderío, de tu palacio que parece, con todas sus puertas abiertas, una cárcel?

Acaso tú misma, princesita de la historia melancólica, no sabes lo que te hizo vestirse así.

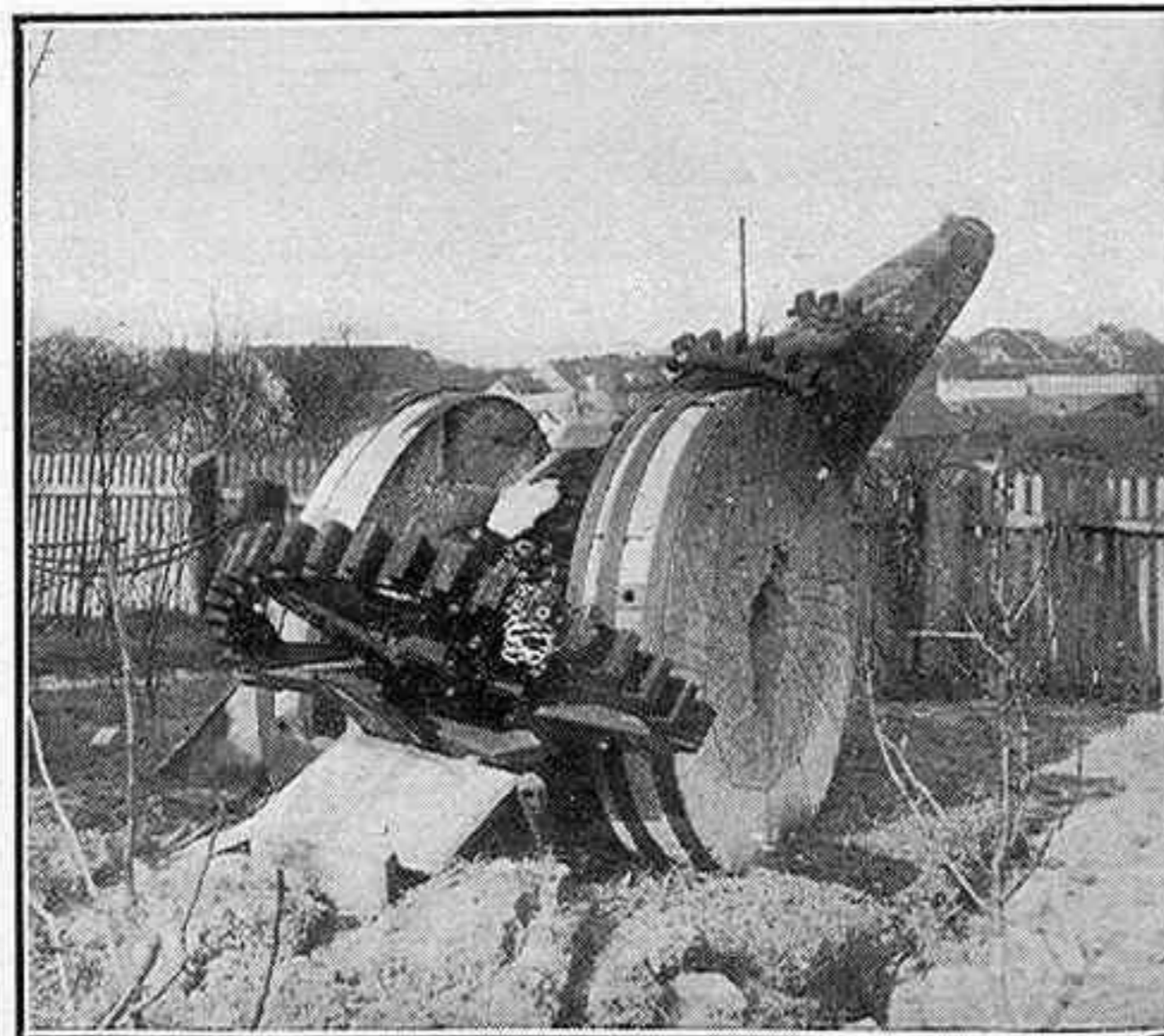
Acaso fuera el espíritu de una raza que no es la tuya y que sugirió la idea para despertar los adormecidos ímpetus marciales de Manuel de Braganza. Porque tal vez viendo en su esposa una mujer del pueblo que no supo defender, Manuel de Braganza, habrá sentido el deseo de reconquistar un trono para la princesita de los tristes destinos...

El pasado y el porvenir

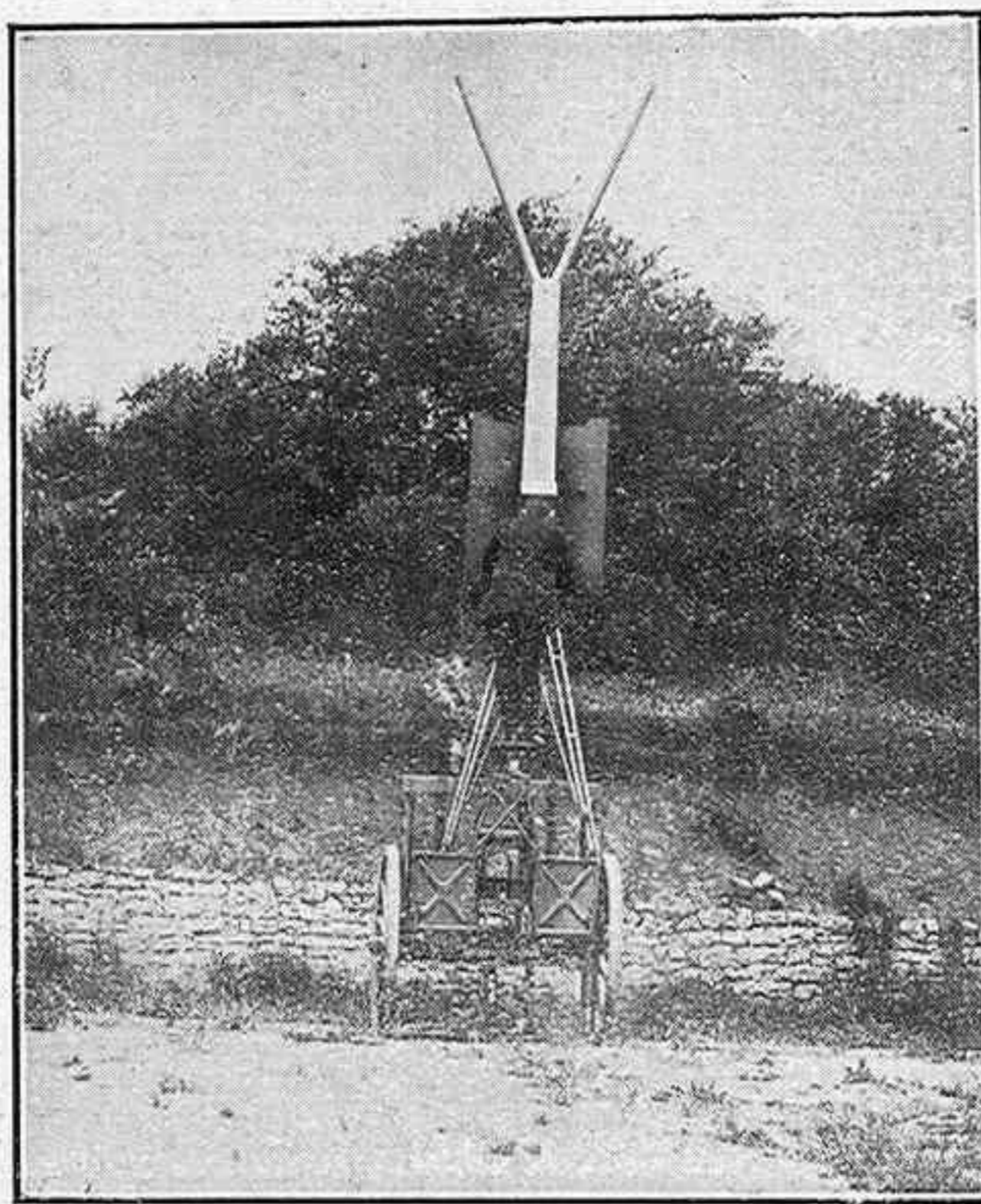
Simultáneamente se han registrado dos hechos relacionados con la guerra. Uno es una conmemoración; el otro, un invento. Mientras unos hombres han reconstruido el cañón primitivo de una tragedia pretérita, otros hombres han inventado un nuevo aparato para presenciar las tragedias futuras. Marte, el dios helénico, y Kali, la diosa hindú, habrán sonreído satisfechos desde sus cielos respectivos.

En lo alto del monte Muhlenberg, de Friesack, en el sitio mismo donde hace cinco siglos el burgrave de Nuremberg, Federico de Hohenzollern colocara su cañón «Margarita la Perezosa» para destruir con balas de piedra el castillo de Friesack, refugio de los sublevados «Quit-zows», se ha colocado una fiel reproducción del cañón tristemente célebre.

Al mismo tiempo se verificaban en Berlín las pruebas del *Hiposcopio*, ó telescopio marítimo



El cañón «Margarita la Perezosa», reconstruido en Friesack, en conmemoración del asalto de la ciudad en el siglo XV



EL HIPOSCOPIO

Nuevo aparato militar que permite observar á larga distancia, los movimientos del enemigo y sin peligro

que también puede servir para los ejércitos terrestres.

Este nuevo aparato permite observar á gran distancia los movimientos del enemigo sin peligro alguno, puesto que el observador permanece oculto detrás de una tapia ó espesura y protegido además por una especie de escudo que le cubre desde la cabeza hasta la cintura.

Si no fuera porque estos dos hechos contribuyen el uno á sostener el culto bélico y el otro á perfeccionar el arte de matar al prójimo sin peligro, serían dignos de alabanza.

Menos mal que este viejo cañón apuntando inofensivo y anacrónico á la moderna ciudad de Friesack, servirá acaso para nido de pájaros ó para juego de chiquillos en las tardes serenas de la primavera. Menos mal también que quizás algún día sirva el *hiposcopio* para que un hombre sienta dentro de sí renacer el alma pagana de un fauno, contemplando un lago lejano, donde la rosa y la nieve de unos cuerpos femeninos que se imaginasen libres de miradas indiscretas...

Lo que dice una fotografía

Sería curiosa una sección titulada *Lo que dicen las fotografías*. Sería curiosa y terrible á un tiempo mismo, más propia de un periódico satírico que de una ilustración. La máquina fotográfica tiene á veces bromas despiadadas de caricaturista. Muestra á los héroes, á las mujeres bonitas, á los hombres célebres, á los altos prestigios del Estado en aspecto no muy de acuerdo con el respeto que deben inspirarnos.

Ved, por ejemplo, esa fotografía donde Tristan Bernard y la gran trágica Sarah Bernhardt ensayan un paso de comedia que representaron ambos en una fiesta benéfica.



La trágica Sarah Bernhardt y el autor dramático Tristan Bernard, ensayando un apropósito teatral, para una función benéfica

Sin embargo no parece un ensayo, parece un delicioso diálogo.

—¡Oh!—dice Sarah—¿Cómo debes agradecerme que descienda hasta tí! Voy á despojarme del clásico coturno para agitar el tirso. Mi voz de oro, esta voz de oro que ha estremecido las multitudes de todas las naciones, se empleyecerá diciendo unas palabras que no pertenecen á la epopeya. Mi pasado glorioso tiene el ademán simbólico de un héroe tapándose el rostro para no dejar ver sus líneas descompuestas por el dolor de morir. Piensa, hombre infeliz, á cuyo apellido le faltan una *h* y una *t* para sonar á himno como suena el mío, que ahora en este momento inolvidable para tí, cincuenta años de teatro francés van á olvidarse de ellos mismos para ennoblecer tu prosa. Es Fedra, es Cordelia, es Margarita Gauthier, es Lady Macbeth, es Fedora y Cleopatra, Gismonda y Teresa de Avila y Juana de Arco, las que van á hablar. Son *Hamlet* y *L'Aiglon* los dos príncipes pálidos víctimas del feroz destino, los que se resignan á decir palabras vulgares.

Y Tristan Bernard—burlón como sus obras— responde:

—Bueno, señora; no se ponga usted así. La cosa no merece la pena. Aquí no hemos venido más que á una cosa: á hacer el ridículo ambos. Usted con sus setenta y dos años y yo con mi chaqué absurdo, mis barbas lacias y mi camisa sucia. Además el papelito es muy corto, medio pliego escaso, ni siquiera el tiempo de que se le resquebraje á usted la pintura de la cara...

Mirando hacia Méjico

¿No te has fijado, lector, que en las películas norteamericanas, donde hay mujeres de ojos claros y grandes, de labios demasiado perfectos, y que montan hombrunamente los veloces caballos del Far West; en esas películas donde resucitan las novelas de Gustavo Aimard, con sus tramperos y sus comanches, son siempre mejicanos los traidores y los asesinos? Y sin embargo, Méjico tiene poetas como Nervo, como Icaza y dibujantes como Montenegro.

¿Qué pensarán estos tres artistas al ver cómo sus compatriotas se despedazan al otro lado de los mares?

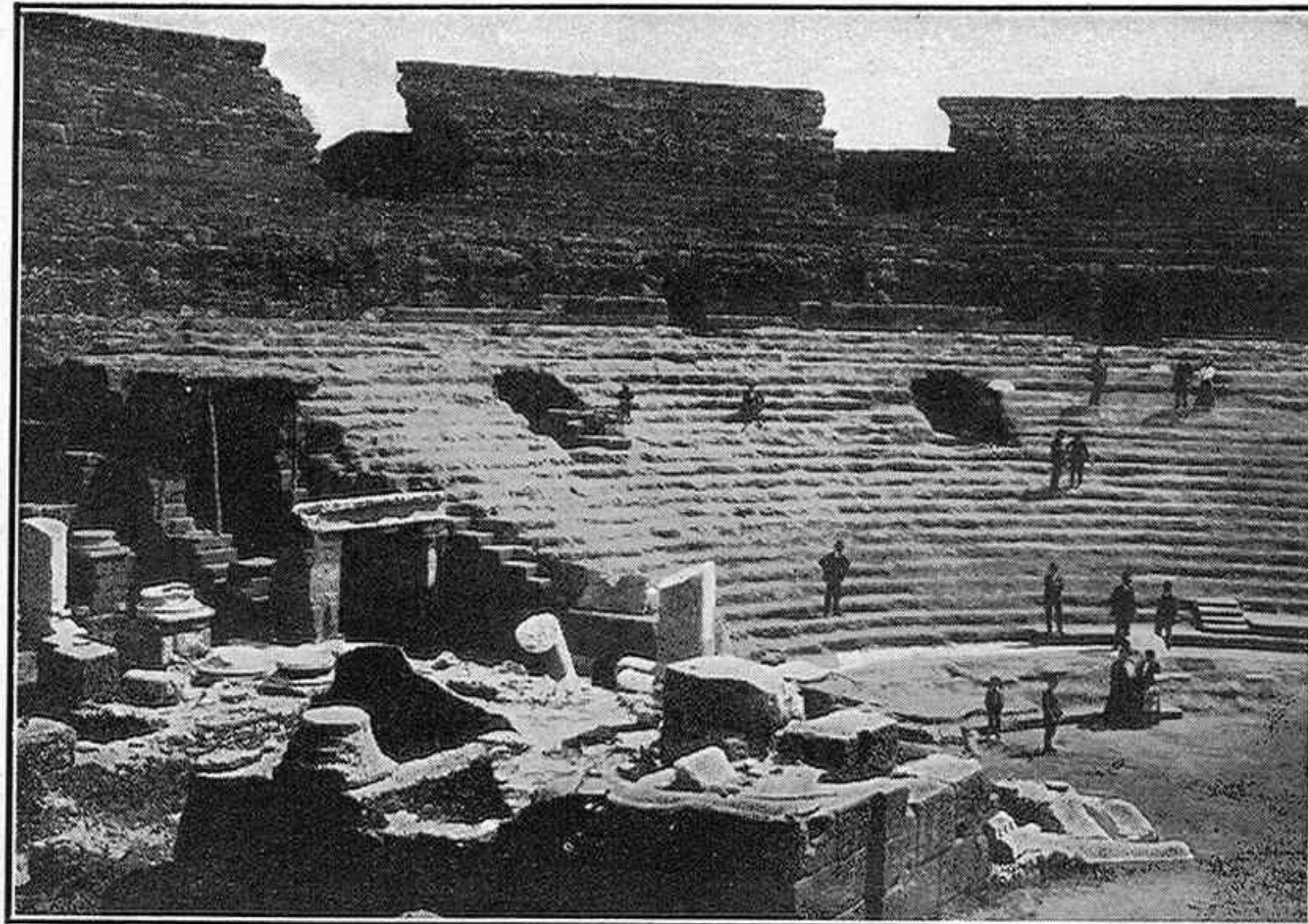
Porque tal vez mientras su tierra huele á pólvora y chapotean los pies en sangre y suben al cielo azul los estampidos de cañones y los gritos salvajes de los combatientes, Icaza y Nervo escriban unos versos sutiles, íntimos, estremecidos al rozar el alma misma del poeta, y Montenegro trace sobre la cartulina una de esas mujeres herméticas, enfermas de civilización, teniendo á sus pies la pompa de un pavo real y sobre su cabeza un vuelo decorativo de palomas...

José FRANCÉS

LA RIQUEZA ARQUEOLÓGICA DE ESPAÑA LOS DESCUBRIMIENTOS DE MÉRIDA



Estatua descubierta en el circo romano, de Mérida

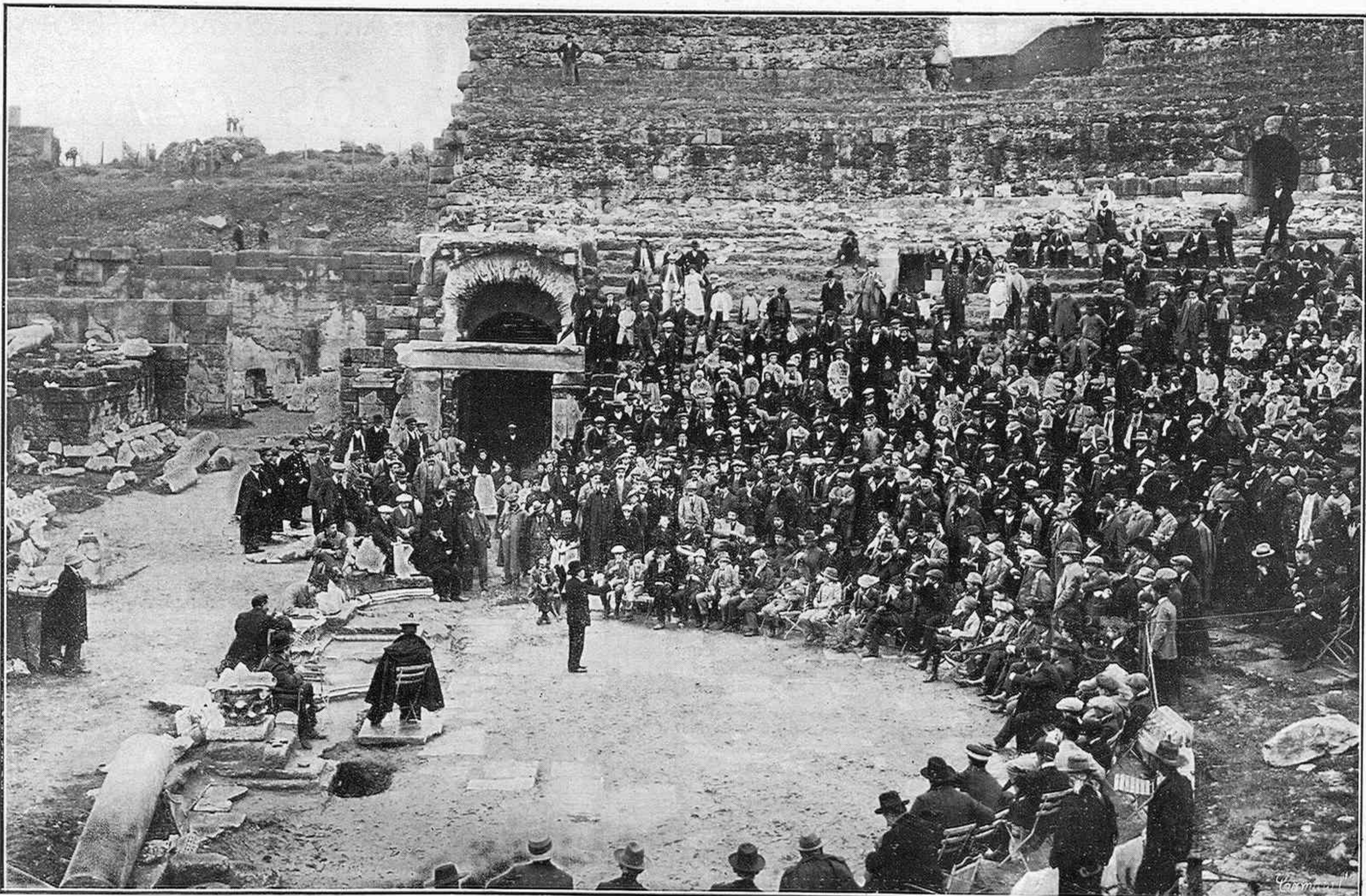


Circo romano, de Mérida, donde se están realizando importantes descubrimientos



Estatua descubierta en el circo romano, de Mérida

Aunque lentamente, porque en España los gobiernos no se preocupan gran cosa de favorecer esta clase de estudios, tan ricamente subvencionados por el Estado en otras naciones, algo se va haciendo en materia de excavaciones históricas. En Itálica, en las ruinas de la trágica Numancia, en los venerables restos de Mérida, se llevan á cabo trabajos importantes. De estos últimos se ocupó recientemente, en una conferencia, celebrada en los mismos lugares históricos, el ilustre arqueólogo D. José Ramón Mélida.



Aspecto del circo romano, de Mérida, durante la conferencia dada por el ilustre arqueólogo D. José Mélida

FOTS. BOCCONI

LITERATURA EXTRANJERA



LOS MAESTROS DEL HUMORISMO NORTEAMERICANO

EL HOMBRE QUE RIÑE CON LOS GATOS

A falta de otra cosa, contamos una vez en nuestro periódico la aventura de un desgraciado que, según nuestro relato, para poner término á infernal estrépito de unos gatos enamorados, se había encaramado en camisa en el tejado la noche del 31 de Diciembre, provisto de zapatos viejos, á guisa de proyectiles. Después de haber continuado la caza airadamente sobre siete ú ocho tejados, el hombre se había resbalado por un tragaluz y había caído en una habitación desconocida, de la que escapó perseguido por un hombre espantado, teniendo que ocultarse tras una chimenea y esperar el alba firitando, con el miedo de que la policía le descubriese y le descerrajase un tiro. El episodio era pura invención, y al héroe se le había dado un nombre cualquiera muy común: el de Smith; pero una semana después, entró en la redacción un anciano caballero, en cuya fisonomía se pintaba formidable ingenuidad. Se llamaba Smith, vivía en una casa como la descrita en el cuento, y venía á declarar que la anécdota era completamente falsa y extremadamente ofensiva para él.

—Cuide mucho, querido señor—le dijimos, mirándole friamente;—cuide mucho de cómo habla. Conocemos á fondo todas las circunstancias del hecho. ¿Querria usted negar, acaso, que ha andado á zapatazos con aquellos gatos?

—¡Nunca! ¡Nunca!—exclamó Smith.—En mi vida he estado sobre ningún tejado en camisa.

—Y nadie ha dicho que usted haya estado. ¿Quién diablo ha oído hablar nunca de tejados en camisa? Sería un tejado muy raro, por cierto.

—Quiero decir—replicó Smith—que no es verdad que yo haya saltado de la cama en camisa.

—Tampoco encontrará usted eso en el periódico. ¿Dónde hay camas en camisa?

—¡Pardiez!—objetó Smith.—Lo que quiero de-

cir es que nunca he pegado á los gatos en camisa.

—Y se comprende, querido señor. Y ¡ojalá no tenga usted nunca que tratar con gatos en camisa, ni siquiera en pantalones!

—Pero, ¡por Dios!—imploró Smith, esforzándose por permanecer tranquilo.—Ustedes han escrito que yo he salido al tejado con mi camisa solamente para espantar á los gatos.

—Dispense usted. Nosotros no hemos dicho que usted se haya puesto la camisa solamente con ese objeto, ni menos nos hemos metido en si la camisa era ó no la suya. Por lo que sabemos de ella, podría ser hasta la camisa de Mahoma.

—Pero si, según ustedes, yo he puesto en fuga á los gatos con zapatos viejos.

—Nosotros no hemos hablado de gatos con zapatos.

—¡No quieren entenderme!—aulló Smith, exasperado.—Nunca jamás he tenido que hacer con gatos en los tejados, ni he tirado zapatos en camisa.

—¡Señor Smith, seamos formales! Si puede usted indicar un párrafo del periódico en que se le acuse de poner camisas á los zapatos para tirarlas á los gatos, estamos prontos á escribir una apología de cuatro columnas, y además, cuando muera, le haremos un monumento. Usted no puede ser capaz de semejantes extravagancias... ¡Oh, no!

—¡Dios os maldiga!—rugió Smith.—Yo os digo que todo el maldito relato de la caza gatuna y del tirar zapatos, y del quedarme en el tejado pegado á la chimenea para estar caliente, es una calumnia descarada.

—¿Y para qué pegarse á la chimenea sino para calentarse?

—Yo no me he pegado á la chimenea. Yo no he visto acabar el año sobre el tejado, pegado á la chimenea.

—Pero vea usted, Sr. Smith, vea usted. ¿Cuándo hemos dicho nosotros que el año haya concluido sobre el tejado, pegado á la chimenea? Usted desvaría, Sr. Smith.

—¡Basta! ¡Lo veremos!—gritó Smith, furibundo.— ¡Yo no he tirado zapatos! ¡Nada es verdad! ¡Toda la noche he estado en la cama! ¡Quiero una rectificación! ¡Quiero una rectificación... sí, os acuso de libelistas! ¡Os acuso, os acuso!

Y el pobre Smith salió frenético. Queriendo darle una especie de reparación, preparamos la rectificación siguiente:

«Para aquellos á quienes pueda interesar. Sean todos por la presente declaración, que si se ha hecho alguna de las siguientes afirmaciones en estas columnas, la retractamos y la declaramos inexacta. Que un hombre llamado Smith, y que vive en la calle X, tenga un tejado en camisa; que el llamado Smith tenga la costumbre de hacer frente á legiones enteras de gatos en camisa, y los desafíe y combata; que vista los zapatos con camisas; que haya visto al año último espirar adosado á una chimenea; que haya encontrado gatos en zapatos; que acostumbre á tirar tragaluz por el aire; que se haya puesto la camisa propia para combatir á los gatos, ó haya hecho otra cosa durante los últimos seis meses que dormir como un lirón, excepto una noche en que le pareció sentir ladrones en casa y mandó á su encuentro á su mujer, armada con el asador, mientras él se echaba á temblar y ponía las sábanas sobre la cabeza.»

MARK TWAIN

DIBUJO DE TOVAR

LA ESFERA
PÁGINAS POÉTICAS
LA ORACIÓN DEL TRABAJO



TELEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

En una triste buhardilla,
refugio de la pobreza,
como una oración sagrada,
oración de un alma ingénu
que desborda su alegría
para disfrazar su pena,
así murmura en voz baja
la más gentil costurera
que se crió en la famosa
barriada de las Peñuelas:

«Soy la mujer más humilde,
soy la artesana, la obrera.
Nacida para el trabajo,
que es mi orgullo y mi defensa,
consagro mis energías
ó mi voluntad suprema,
á una labor que no rinde
porque el deber la fomenta;
¡y, con la aguja por cetro,
soy en mi casa una reina!
No puedo envidiar á nadie;
vivo feliz y risueña
sin los caprichos del lujo,
sin ambición de riquezas;
tengo, para mi fortuna,
la felicidad completa
de ocupación que enaltece
y del cariño que alienta:
el afecto de una madre,
el santo amor de una vieja

que, en las horas de amargura,
con sus brazos me consuela.
Hallo en su bondad ejemplo,
y yo me afano por ella,
que goza con mi deleite,
que sabe llorar mis penas,
que, por salvarme, daría
la vida que le exigieran...
¡Y vivir para una madre,
es una fortuna inmensa!
Yo guardo como tesoro
para el hombre que me quiera,
una virtud que proclamo,
¡todo el amor que merezca!...
Para los malos, bravía,
y, para los buenos, buena,
es mi noble patrimonio
la altivez de la vergüenza.
Luego... soy la más humilde,
soy la artesana, la obrera...»
Y así un día y otro día,
siempre esclava, siempre afecta
al yugo de sus labores,
canta, ríe, llora ó reza,
y es un madrigal su copla,
y su honradez un poema,
¡y una sentida plegaria
cuanto dice por su vieja!...

FEDERICO GIL ASENSIO

DIBUJO DE GAMONAL

EL MONUMENTO Á ALFONSO XII



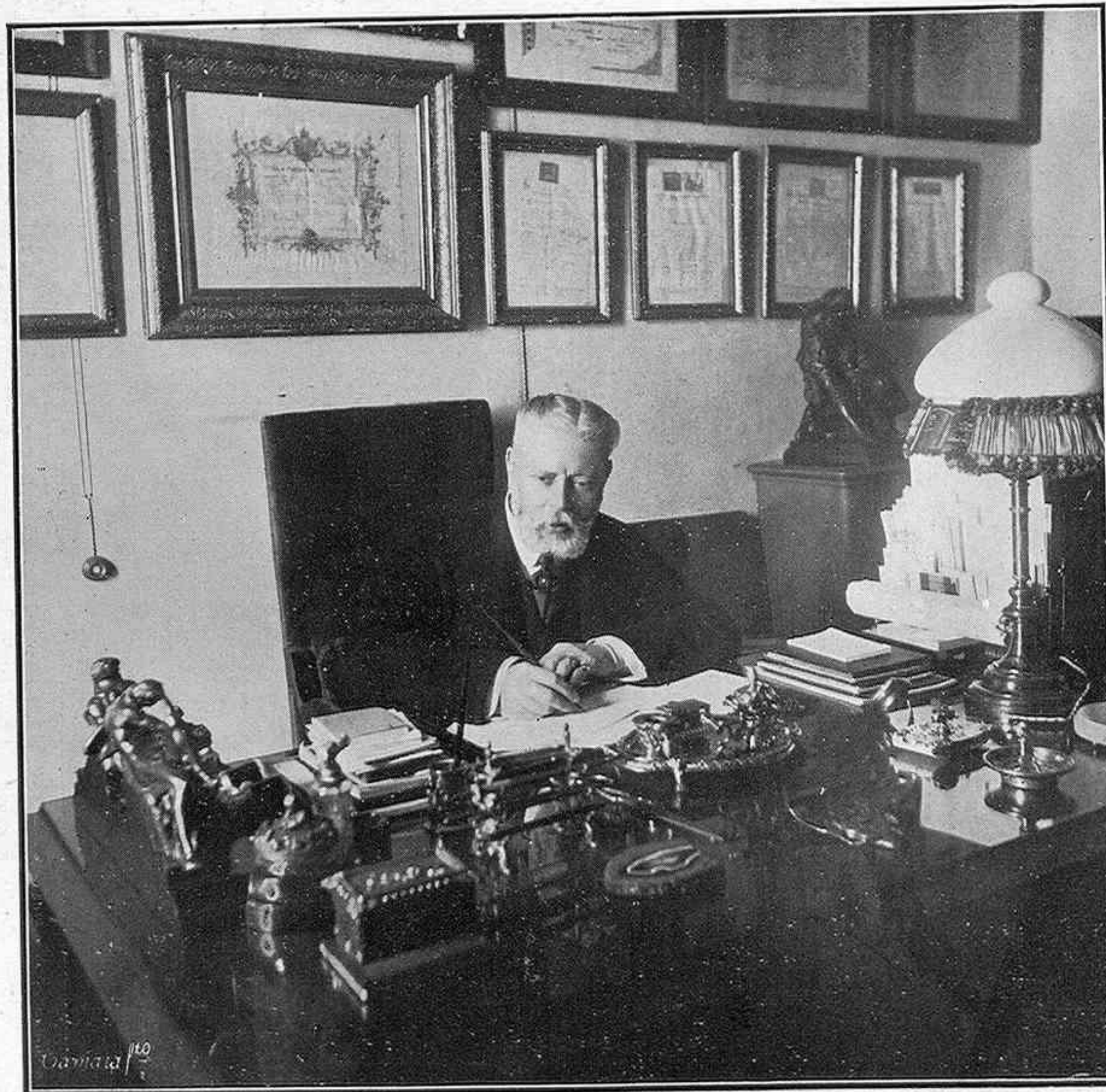
Vista del antiguo embarcadero del Retiro, que ocupaba el sitio donde hoy se está construyendo el monumento á Don Alfonso XII

SUAVEMENTE caía la tarde. Un vientecillo mansurrón movía blando y caricioso las recién brotadas ramas de los árboles. Risas de chiquillos alegraban el paseo. Sobre el agua tranquila del estanque, iban y venían las barcas. Y en la paz vespéral un grito monótono sonaba de cuando en cuando: «¡El seis! ¡El quince! ¡La hora!»

Frágiles nubecillas pasaban lentas sobre el abrileño azul del cielo. Recostados en la barandilla del estanque, contemplamos largo tiempo el monumento á Alfonso XII.

Ya vamos siendo un poquito viejos y en los aspectos nuevos, en las modernas transformaciones del Madrid contemporáneo, recordamos el Madrid de nuestra niñez y de nuestra adolescencia. Lo vemos con la mirada ideal de las nostalgias y una sutil melancolía nos invade... Como en esta tarde del Abril florido, frente al monumento, emplazado en el mismo sitio donde hace años estaba el antiguo embarcadero.

¡Oh el antiguo embarcadero en las mañanas estivales, en las tardes tranquilas de los vernaes domingos! En las memorias de nuestros padres, en los recuerdos de nuestra infancia, hay algún episodio transcurrido en aquel edificio de madera donde había un restaurant en el que todavía no despachaban bocks de cerveza

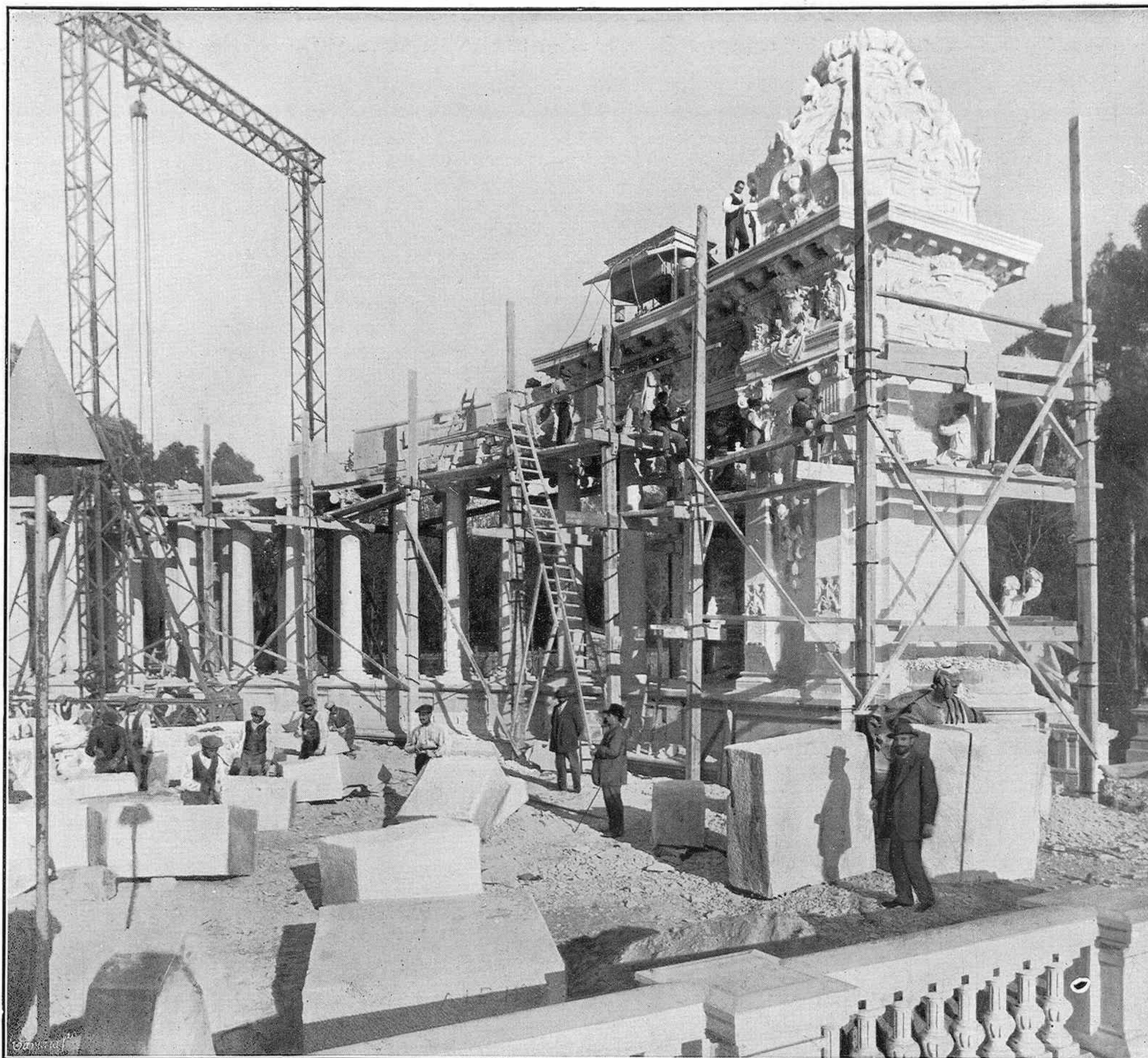


D. JOSÉ GRASES RIERA
Ilustre arquitecto, autor del proyecto del monumento á Don Alfonso XII
FOTS. CALVET

ni bocadillos, ni vermouths; en el que se sentaban las señoras con polisón y capotitas menudas, los caballeros de pantalones acampanados, patillas alfonsinas y cabelleras rizadas á tenacillas. ¡Cuántos amores fugaces ó de *consecuencias* se formaron allí entre sopa y sopa de mojiçón manchado de una cosa obscura que llamaban chocolate! ¡Cuántos señores que hoy son senadores ó comerciantes establecidos ó simplemente padres de familia ó gobernadores civiles, lucharon en las regatas del estanque, cubierto el juvenil torso en las camisetitas rayadas que caricaturizó Cilla!... ¡Bello artículo podría hacerse con esta nostalgia de los días lejanos! Pero deben interesarnos más las gallardías del porvenir que las melancolías del pasado. En lugar de la elegía al viejo embarcadero, el canto al futuro monumento.

Y aquella misma tarde decidimos hablar con D. José Grases Riera, el autor del proyecto premiado en 1901.

D. José Grases Riera es una de las glorias más legítimas de la arquitectura española. Madrid tiene edificios notables, monumentos interesantísimos firmados por él. Nada tan oportuno que oír de sus labios la génesis de su obra, el por qué de haber elegido el estanque del Retiro para emplazar el monumento.



Estado actual de las obras de la columnata general, cuya parte escultórica y decorativa, en piedra, ha sido adjudicada al escultor D. Pedro Estany

FOT. CALVET

—Su emplazamiento—nos dijo el señor Grases—requería un sitio amplio, como se practica actualmente en las grandes capitales europeas y americanas, donde se levantan las estatuas á sus hombres célebres en los mejores parques. Los pueblos antiguos procuraron implantar sus monumentos en espacios libres de la aglomeración de viviendas, distinguiéndose en esta tendencia los egipcios, persas y griegos. Quizá deba, en gran parte, su fama y renombre universal el Partenon, á destacarse libre sobre la altura que domina á Atenas. No tiene Madrid una altura culminante y despejada sobre la que pueda elevarse un monumento de esta naturaleza, cual un Montmartre, un Kremlin, una Acrópolis, un Capitolio; pero dentro del Retiro se ha encontrado esta amplitud con un emplazamiento pintoresco y sublime, sistema de emplazamiento desconocido en nuestro país, y que trae á la memoria las islas monumentales de los egipcios en el Nilo; las Naumaquias de los romanos; el Coloso de Rodas; Venecia y Hamburgo; las ciudades holandesas y bálticas, y la estatua de la Libertad, en la bahía de Nueva York. Este emplazamiento es el de las márgenes del estanque grande del Retiro, y habrá de embellecer el maravilloso paseo, tan escaso de obras arquitectóni-

cas-escultóricas, y podrá ser un medio para desarrollar las aficiones y gustos artísticos de la multitud espiritualizados entre los esplendores de la Naturaleza, fuera del artificioso hacinamiento urbano, en espacio en que recobran su dominio el ambiente puro, el aire oxigenado y la luz del horizonte libre...

Y mientras habla el señor Grases con su palabra fácil, con su entusiasmo artístico, se le adivina un sagrado rastro de emoción en el rostro, enmarcado por la blancura de los cabellos y de la barba.

ooo

El monumento á Alfonso XII, el Pacificador, se debe á la iniciativa de la Reina madre, doña María Cristina. Por Real decreto de 25 de Febrero de 1901 se creó la Junta organizadora, y esta Junta anunció el concurso entre todos los arquitectos y escultores españoles.

Después de reñidísima lucha triunfó de los 17 proyectos restantes el del señor Grases, presentado con el lema «María Cristina» y que es de una armonía y de una grandeza conceptiva, indiscutible.

Avanza el monumento la plataforma general sobre el estanque y allí despliega sus balcones, antepechos, balaustradas y graderías, cortadas á

trechos por peanas con leones y otras figuras alegóricas. En lo alto, destacándose en la azul extensión, la silueta del Rey Alfonso XII á caballo, tiene una marcial gallardía. El cuerpo central que la sostiene es, en su basamento, de varios cuerpos, una alegoría múltiple de la historia épica y gloriosa revelada por figuras, medallones é inscripciones simbólicas y conmemorativas.

En torno de este cuerpo central se alza, majestuosa, la arquitectónica columnata, con figuras alegóricas al pie, y en lo alto de los pilares de los extremos, con los escudos blasonados de todas las provincias de España, campeando en el friso del cornizamiento.

Es una reunión armónica de acordes casi musicales, donde estará simbolizada la Patria, personificándola en uno de sus reyes más queridos.

Por último, una vez terminado el monumento, se constituirán en los dos testeros del estanque dos pabellones—uno para restaurant y cervecería, otro para embarcadero—y un pequeño museo-administración, donde se hallarán expuestas para la venta reproducciones en varios tamaños, fotografías, etc...

En cuanto á las esculturas que en número de 74 harán de este monumento un admirable museo escultórico, merecen párrafo aparte.



Vista panorámica del monumento á la Patria personificada en el egregio Monarca Don Alfonso XII, el Pacificador, que se está construyendo en la orilla del estanque grande del Retiro, proyecto original del ilustre arquitecto D. José Grases. Las obras comenzaron el día 2 de Mayo de 1902

FOT. CALVET

LAS ESCULTURAS DEL MONUMENTO Á ALFONSO XII



León, del escultor Eusebio Arnau, que se colocará en uno de los pedestales de la escalinata del monumento

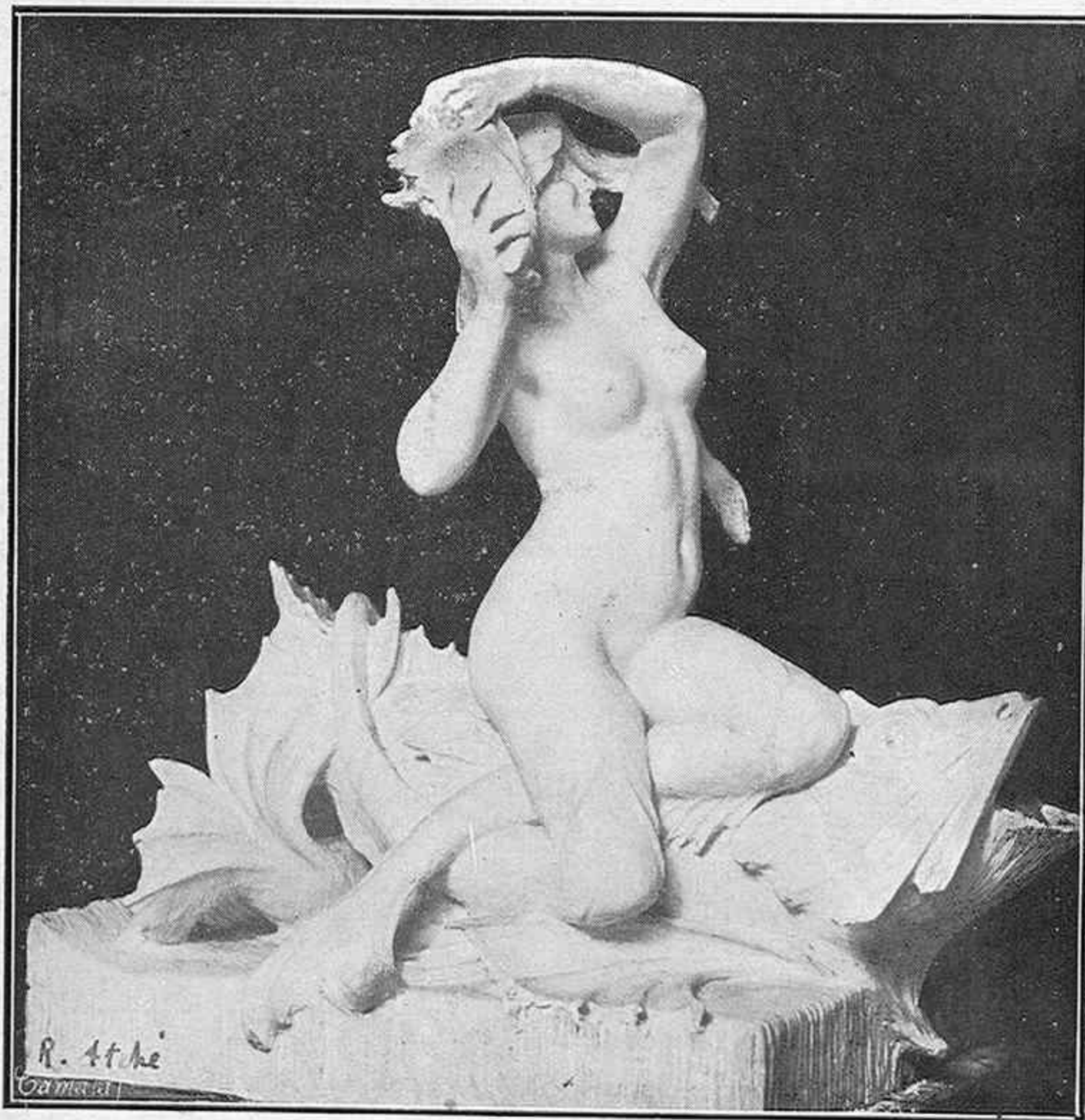
DECIMOS anteriormente que el monumento será un verdadero museo escultórico. Nada más cierto, en efecto.

En el embellecimiento simbólico de esta grandiosa obra han colaborado setenta y cuatro escultores españoles:

D. Mariano Benlliure, D. Miguel Blay, D. Aniceto Marinas, D. Miguel Angel Trilles, D. José Monserrat, don Mateo Inurria, D. Ricardo Bellver, D. Juan Vancells, D. José Llimona, D. Manuel Fuxá, D. José Alcoberro, D. Joaquín Bilbao, D. Agapito Vallmitjana, D. Pedro Estany, D. Antonio Bofill, D. Antonio Parera, don Francisco Escudero, D. Antonio Arnau, D. José Campeny, D. Antonio Alsina, D. Antonio Coll, D. Rafael Atché, D. José Llaneces, D. Eduardo Alentoru, D. Anselmo Nogués, don Enrique Marín, D. Elías Martín, don Eduardo Barrón, D. Pedro Carbonell, D. Juan Comba, D. Manuel Castañes, D. Aurelio Carretero, D. Federico Amutio, D. Julio González Pola, D. Manuel Alcázar, D. Luis Domech, D. José María Barciela, D. Gabriel Borrás, D. Ignacio Pinazo Martín, D. Manuel Delgado Brackenburg, D. Pedro Algueró, y otros.

Todos estos nombres, gloriosos los más, desconocidos en aquella época algunos, ilustres y populares bastantes, representan la escultura española á fines del siglo XIX.

El turista, el inteligente aficionado



Una sirena de las cuatro que vierten agua al estanque, obra del escultor Rafael Atché

á las bellas artes que contemple el día de mañana el monumento á Alfonso XII, podrá formarse idea exacta y completa de las tendencias, estilos y orientaciones de nuestra escultura, con una profusión de obras admirable.

Grupos, figuras aisladas, medallones, alegorías y remates, son de una variedad, de una profusión tales, que suspende el ánimo y encanta, por el valor representativo.

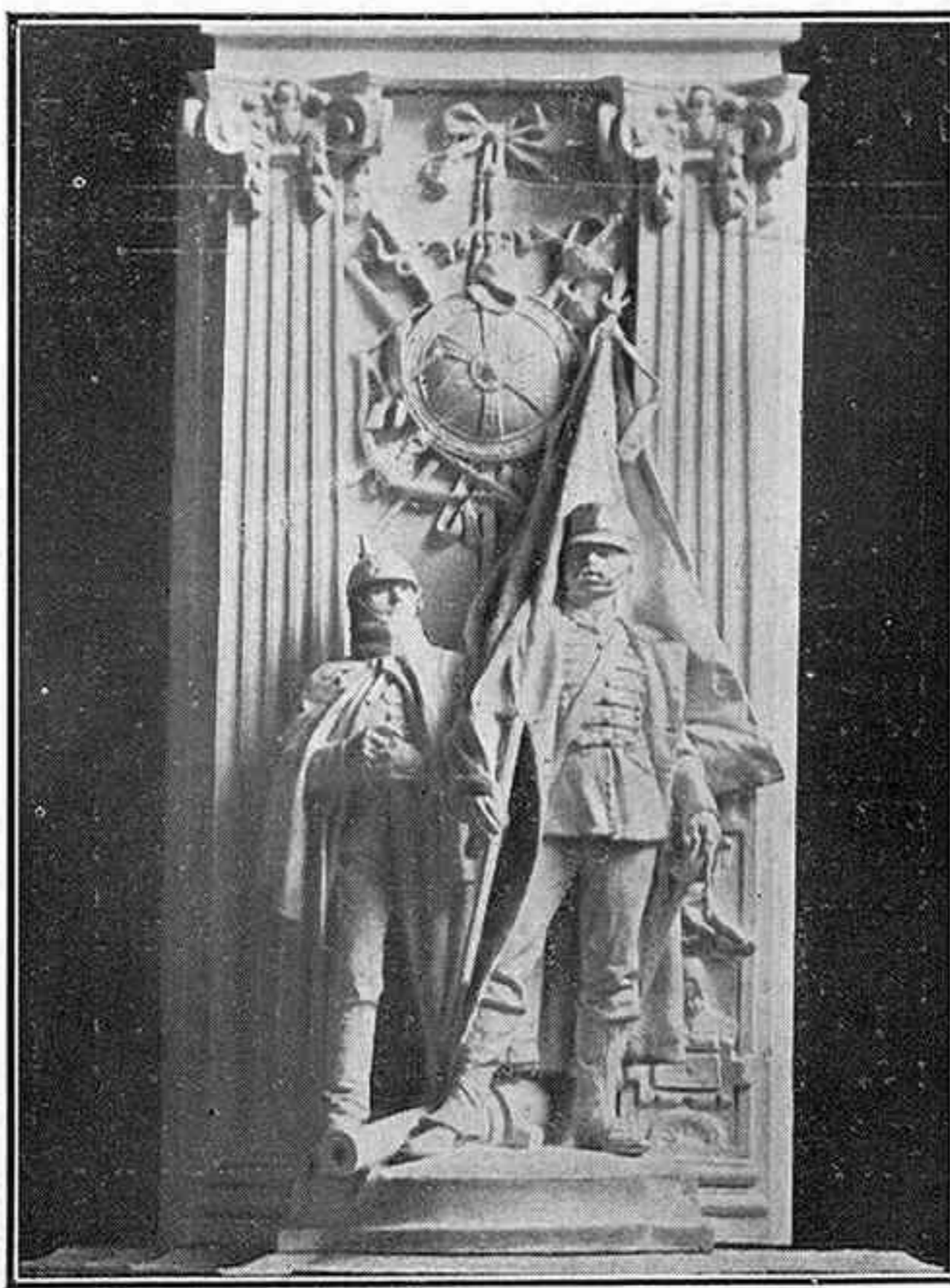
Dentro de la equilibrada concepción del ilustre arquitecto señor Grasses, los escultores españoles dan cada uno su nota distinta y personal. Junto al clasicismo helénico, las fantasías aéreas de Carpeaux; al lado de una fría serenidad, ingerida por el neoclasicismo francés, la palpitante fuerza de las nacientes escuelas realistas; en frente de la voluptuosa curva de un desnudo, finamente modelado, la vigorosa nerviosidad de hombres rudos de la mar y de la guerra. Tritones y sirenas de bronce, en contraposición de aladas famas de mármol. Contrastando con una alegórica silueta de la Paz, la bélica agrupación de soldados en torno de un cañón y bajo la plegada bandera de la Patria.

Hemos procurado reproducir los grupos más característicos de cada tendencia y de cada alegoría.

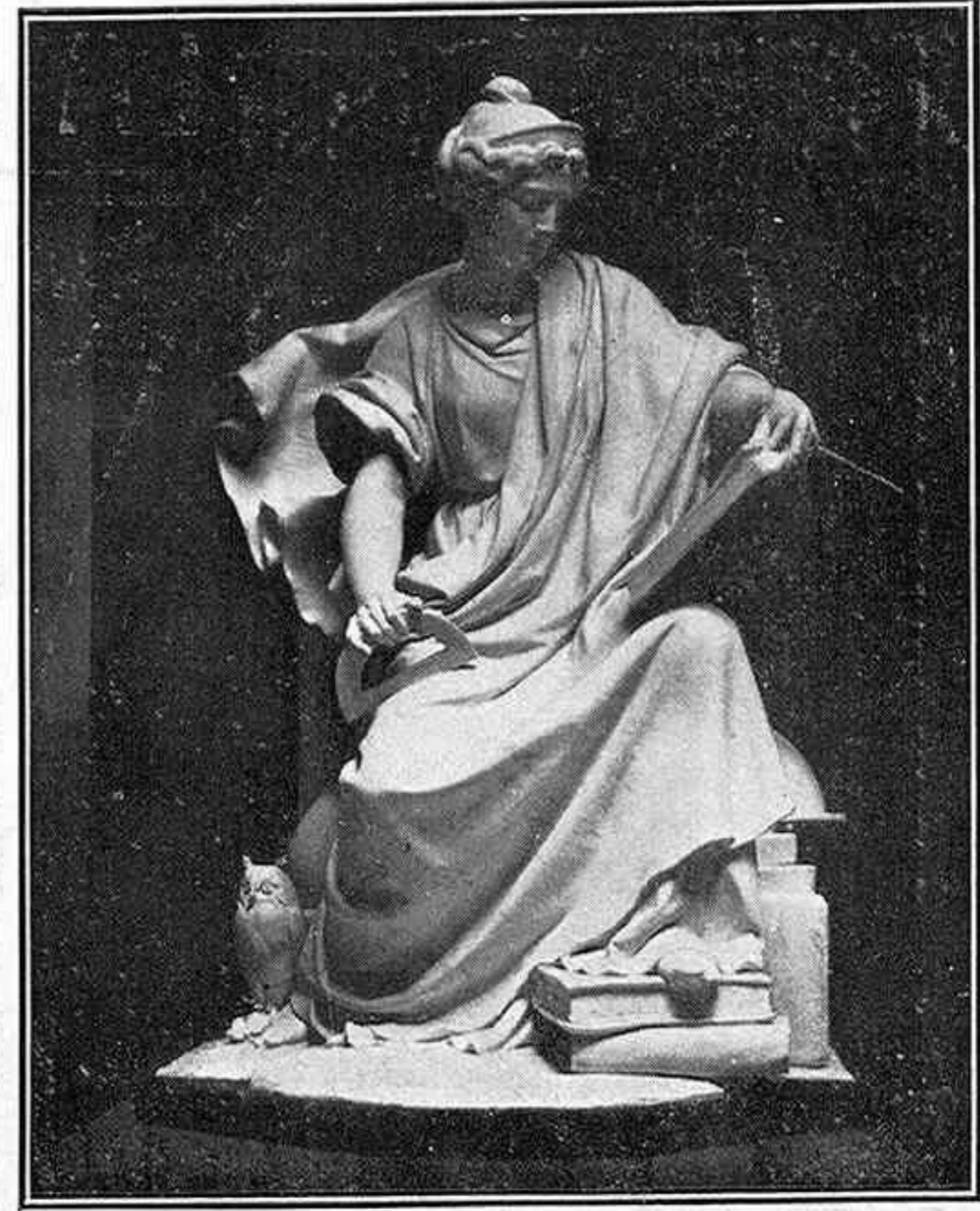
Así el admirable grupo *La Paz*, de Miguel Blay, que habrá de ocupar el frente del cuerpo central, y donde



"La Fama", escultura de Ricardo Bellver, que rematará una de las cúpulas



"El Ejército", grupo, en piedra, original del escultor José Monserrat



Estatua de "Las Ciencias", del escultor Manuel Fuxá

se abrazan un soldado liberal y un carlista, mientras la matrona simbólica sonríe serena y confiada en el porvenir y tiende sobre los reconciliados hermanos su brazo protector. Una viejecita con un niño en brazos avanza también hacia el grupo en un ademán de angustiosa pregunta. ¿Es acaso la Patria que perdió los hijos y que aprieta contra su corazón al nieto huérfano por la guerra? En esta escultura ya se adivina la poderosa inspiración, la maestría técnica de quien había de ser uno de los primeros artistas españoles.

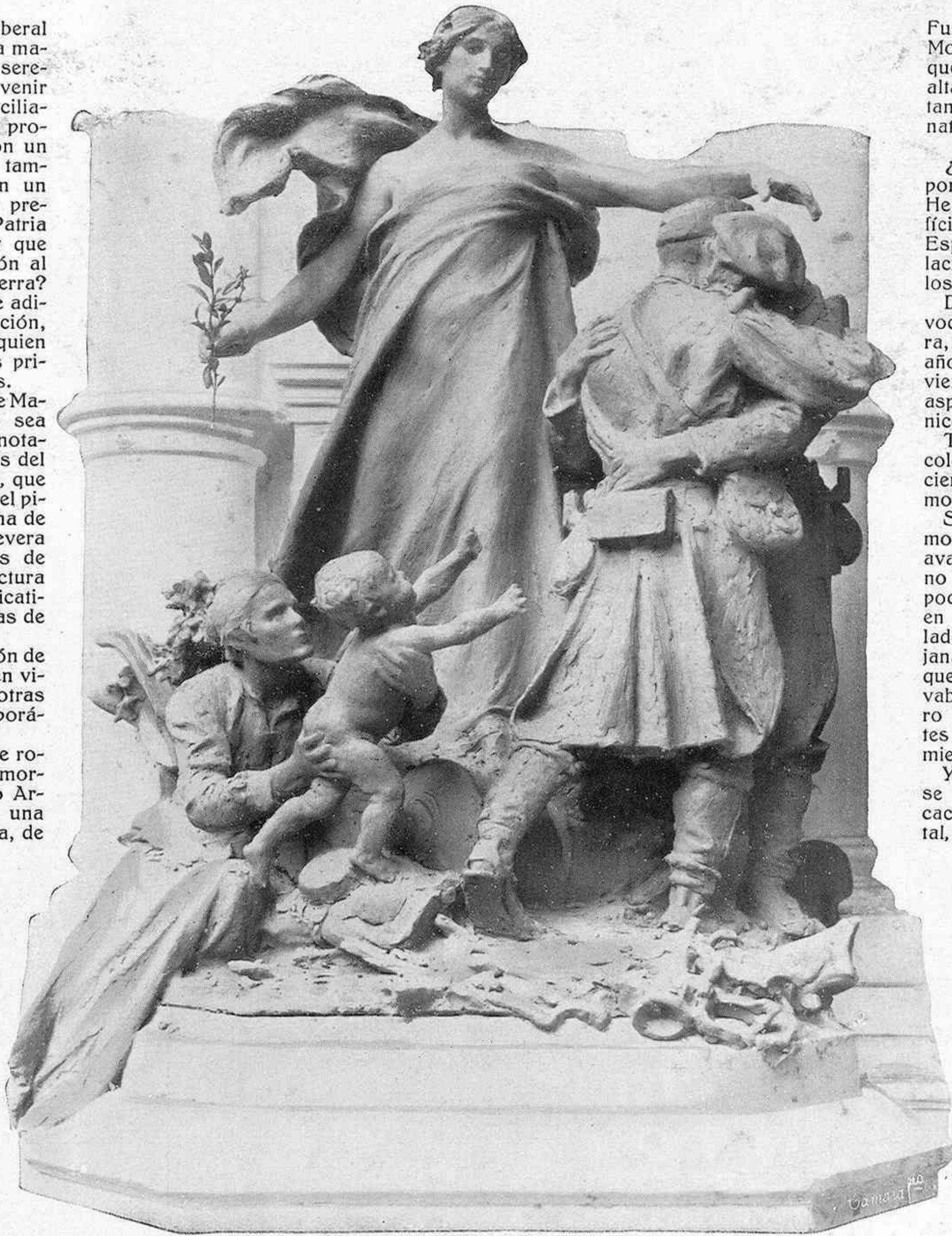
El grupo *La Marina*, de Mateo Inurria, que acaso sea una de las obras más notables, fuertes y modernas del monumento. Este grupo, que habrá de ir en el frente del pilarote del fondo, derecha de la columnata, tiene la severa energía de los hombres de Meunier, y también la factura amplia, precisa, simplificada, aprendida en las obras de Rodin.

Da una sólida sensación de fuerza y de equilibrio, en vigoroso contraste de otras obras de sus contemporáneos.

El león encadenado de rosas y montado por un amorcillo, original de Eusebio Arnau, es, por otro estilo, una obra admirable de gracia, de simbólica ternura, y al mismo tiempo de seguridad estilista. Este encantador grupo forma el pedestal lateral derecha, junto a la escalinata.

También es notable la Sirena, modelada con gran acierto por Rafael Atché, interpretada con esa graciosa y casta sensualidad pagana que recuerda la de los clasicistas franceses del primer Imperio.

Y aunque de menor importancia artística, debemos mencionar igualmente los grupos *Las Ciencias*, del señor



Grupo de "La Paz", obra del escultor Miguel Blay, que ocupa el frente del cuerpo central del monumento

Fuxá; *El Ejército*, del señor Monserrat, y *La Fama*, figura que será colocada en la parte alta de las cúpulas que rematan los pilarotes de la columnata.

ooo

¿Cuándo estará terminado por completo el monumento? He aquí una pregunta de difícil respuesta. No en balde España es el país de las dilaciones, de las abulias y de los olvidos...

Desde 1901 en que se convocó el concurso hasta ahora, han transcurrido trece años. Lentamente hemos ido viendo surgir las figuras, los aspectos aislados arquitectónicos del monumento.

Tan grande como la apatía colectiva, es nuestra impaciencia, y más de una vez hemos lamentado esta lentitud.

Sin embargo, en estos últimos años se ha dado un gran avance a las obras, y tal vez no esté lejano el día en que podamos recordar, sentados en el restaurant que habrá al lado del monumento, las lejanas mañanas estivales en que nuestros padres nos llevaban al antiguo embarcadero y sentíamos inconscientemente la nostalgia ó el presentimiento del mar.

Y en nuestro espíritu no se alzarán solamente la evocación del pasado sentimental, no será única la nostalgia de los paseos en lanchas que todo buen madrileño ha dado alguna vez en su vida, sino también evocaremos la historia de nuestra Patria en los años turbulentos de la Restauración, aquellos años tristes de sangre y de duelo, de guerras é insurrecciones republicanas, de la guerra Carlista, y sobre todo la historia de aquel rey D. Alfonso el Pacificador, que supo encarnar el espíritu de la raza en todos sus aspectos nobles.

SILVIO LAGO

LA MODA FEMENINA

El escote es la característica de la moda primaveral. La transformación sufrida por nuestras toaletas es escasa en relación con las del año pasado. Como la noticia es importantísima y tranquilizadora, me apresuro á comunicárosla sin rodeos ni circunloquios. Con escasas variaciones podemos servirnos de los trajes de la primavera y verano anteriores.

En general la tendencia imperante sigue rindiendo culto preferente á la forma y defendiendo con heroísmo el imperio de la línea, hasta un punto que ya va siéndonos poco menos que imposible poder andar.

La tentativa de ampliar las faldas no pudo pasar de la cadera y lo que ganó



en estas lo perdió en el resto. En tal punto hay que reconocer que es un poco arbitraria la norma seguida por los modistos, creadores de modelos. La amplitud comenzada por la cintura y caderas se apodera asimismo de las blusas, ya sean tales blusas ó cuerpos de trajes. En cambio, repito, la parte inferior de la falda llega á impedir que pueda darse un paso, á menos que la composición de la figura desmerezca en gentilidad y gracia.

Yo soy partidaria del vestido ajustado. Creo que es más sugestivo, mucho más favorecedor. Pienso en que aparece más bella la mujer dando una honesta idea de la forma, don natural de una hermosura suprema, que escondiendo la gloria de la juventud y de su simpática movilidad entre grandes cantidades de tela. Pero en esto como en todo, la exageración es viciosa.

Las blusas ó cuerpos de trajes se amplían por virtud de los escotes. Estos se inician atrevidos, exagerados, quizás un poquito fuera de lo que nuestro recato nos impone.

La garganta blanca, esbelta, lucirá á su placer las redondeces de nacar naciendo como una flor entre encajes y gasas.

Esto sí estaría bien. Antes de que

el ángulo del escote cuyo vértice une ambos lados sobre el pecho desnudo, sea agrio y descarado, es de mejor gusto, de más distinción y de mejor acierto, colocar entre la mirada ansiosa y los encantos ofrecidos, la sutil barrera del tul ó de la gasa, que son los magos de la coquetería.

Claro que es bonito y de extraordinarios encantos un bello escote orgulloso de la rosada transparencia de la carne sobre la que tiembla delatando los estremecimientos suaves de una respiración tranquila, la rica medalla de oro y piedras preciosas.

Pero no es bueno excederse en el tamaño de los escotes. En nuestros trajes vale más prometer que cumplir. Por eso es de mi simpatía el traje ceñido, eterna promesa de un afán que nunca se sacia.

Queridas lectoras: lo que se adivina es un incentivo que mantiene brioso siempre el fuego sagrado de la pasión. La curiosidad que se satisface está muy cerca de la indiferencia. Y si esta se produjera por descuido ó irreflexión protestarían nuestra belleza, nuestra distinción y nuestro talento...

¡Y tendrían sobrada razón!

TRES MODELOS DE VESTIDOS DE PASEO

ROSALINDA

APUNTES DEL NATURAL



CIEGOS BILBAINOS, por Tillac



NOTAS MADRILEÑAS

FOT. SALAZAR

LA CALLE DE LA PASA Ó EL ARCO DE TRIUNFO

Si el porvenir de España está en Africa, en América, en la política hidráulica ó en los *boys-scouts*, no lo sabemos; en cambio sí puede repetirse, una vez más, que el porvenir de la mayoría de las solteras madrileñas se encuentra en la calle de la Pasa, conforme se entra á mano derecha.

«El que no la pasa, no se casa...»

Sencillamente revocadas las paredes del edificio de la Vicaría, no se ve en él la lápida que muchos matrimonios felices debían haber costado. Podría decir, poco más ó menos: «A la antesala de la gloria: millares de esposas agradecidas y de mamás tranquilizadas.» Y hasta el escultor, si era hombre de fantasía relativamente acalorada, completaría la indicada inscripción representando entre dos corazones, traspasados por la simbólica flecha, al travesuelo Cupido sin aljaba, con babuchas, regordete y feliz, jugando, bajo una lámpara, al julepe...

No obstante, sin lápidas y sin ironías, este rincón madrileño, esta calle silente—donde se oye piar á los gorriones—, merecen un elogio rotundo.

Alto sentimental en la vida del mozo calavera ó del buen chico, allí entramos un día radiantes, embutidos en una levita á la que el canalla del sastre dejó las mangas un poco cortas, y acompañados de papá y de dos amigos suyos, ex-

traordinariamente serios, porque si no, no serían amigos de papá.

Luego, en una notaría, esperamos á nuestra novia, que llegó con su padre, con otros dos señores, también «de los formales», con unas flores en el pecho, ruborosa y más bonita que la tarde anterior. Acompañábanla varias amiguitas retrecheras, de las que se ponen á cuchichear tras el manguito ó el abanico, y rien á carcajadas... para que uno sospeche si será por la levita. Un señor empleado preguntó nuestros nombres, y si Heliodoro se escribía con hache; averiguó la fecha de nuestro nacimiento—con lo cual descubrimos que nuestra novia tenía dos años más—y una porción de cosillas análogas, sin duda muy indispensables, para permitir que dos novios se llamen «ricos» y la mamá no les califique de cargantes y la hermanita les deje en paz.

Firmamos después un montón de papeles, lo que dió lugar á que la novia manifestase que «nunca había tenido tan temblón el pulso»; á que las amiguitas de marras lanzasen una carcajada como una explosión, y á que uno de los cuatro amigos «formales» dejara en la mesa del empleado un mazo de puros, de esos á los que se pone faja postiza y que la Arrendataria elabora especialmente para propinas.

Tomados, sin otros trámites, los dichos, ya en la calle, los prometidos y sus acompañantes

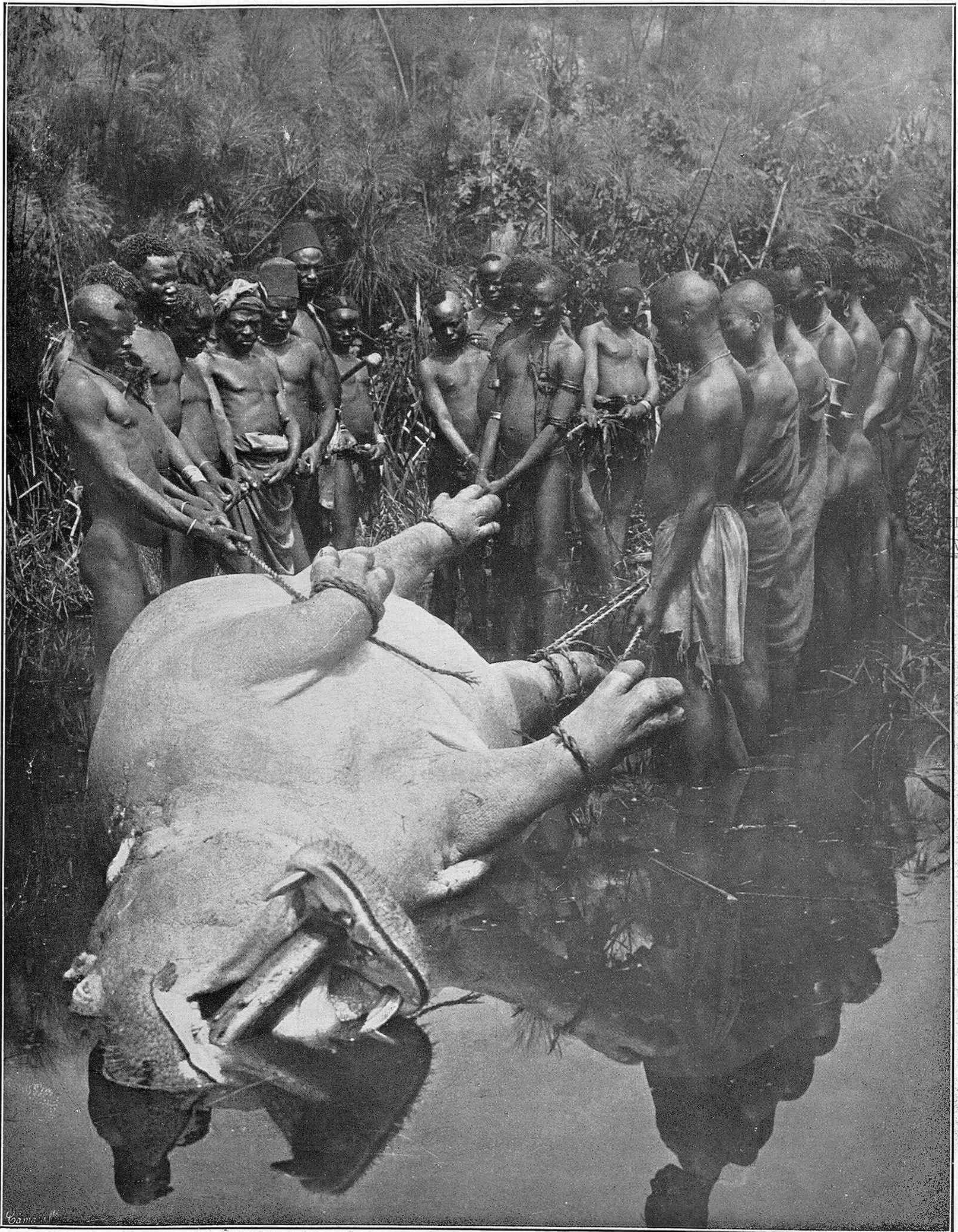
guardaron un silencio dulce, muy dulce y muy íntimo. La ceremonia no había tenido solemnidad alguna, porque en las oficinas la ventura es un trámite...

Cuando tornamos á cruzar bajo el arco de la calle de la Pasa, nuestro semblante era otro. La calle olía á azahar, á gloria, á paz, á huerto en día de verano... ¡Qué día tan solemne!... Dentro de poco, casados... unidos para siempre á la mujercita amada, dispuestos á conquistar el mundo y á traérsele cualquier noche, con un puñado de rosas y un paquete de bombones. Y más tarde, á esperar el nene rubio, y á porfiar ilusionadamente si ha de llamarse como el abuelo ó como la abuela, y á verle gordezuelo, reidor, con melenas y pantalones de marinerito...

¡Arco de la calle de la Pasa, arco de puente!... Igual que agua clara y cantarina de arroyo, bajo él rueda la juventud maravillosa que quiere legalizar sus amores. ¡Arco de triunfo! Bajo él desfilan la muchacha que «atrapó» un marido y el joven que «se lleva lo mejor de la casa»; gente deseosa de seguir soñando, que pone magnífico remate á seis años de relaciones y á quienes no se puede interrumpir porque están pensando en dónde van á buscar cuarto y conviniendo si los muebles del comedor serán, ó no, de estilo relativamente inglés...

E. RAMIREZ ANGEL

CACERÍAS EN EL ÁFRICA ECUATORIAL



Captura de un hipopótamo en el Lago Victoria-Nyanza, para servir de alimentación á una tribu. La cacería del hipopótamo se efectúa por medio de cepos colocados en las orillas de los lagos, dándole muerte, una vez aprisionado, con el auxilio del arpón

LA ESFERA

LAS ESCULTURAS DEL MONUMENTO A ALFONSO XII



LA MARINA

Grupo en piedra, original del escultor Mateo Inurria, que se colocará en uno de los pilarotes de la columnata del monumento á Alfonso XII

LA ESFERA

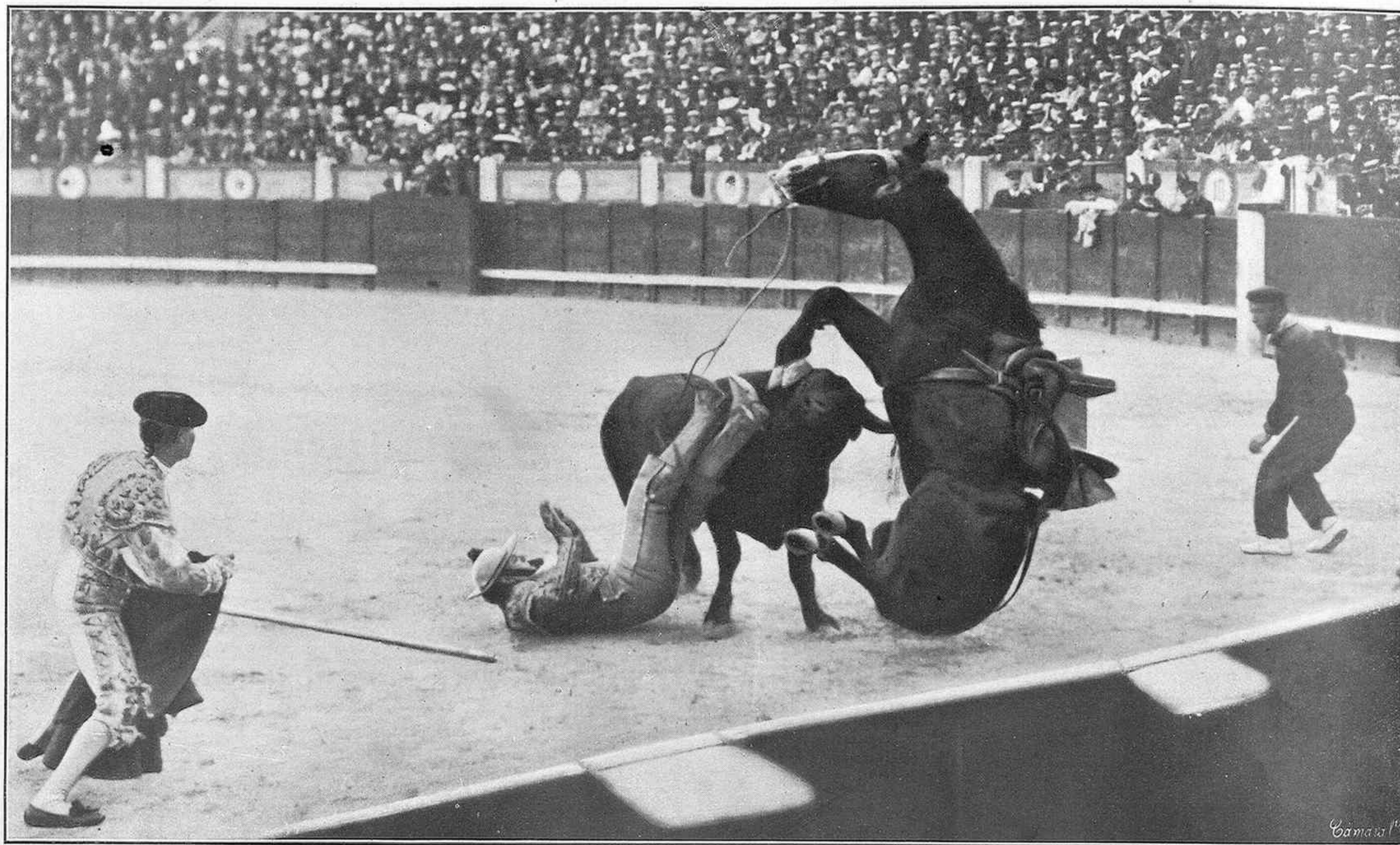
TIPOS ESPAÑOLES



NEO DE
LIOTECA *
ADRID

LA MAJA MODERNA, por Dhoy

LA FIESTA DE LA CRUELDAD



Horripilante escena de una caída al descubierto, cebándose el toro en el cuerpo indefenso del caballo

INDUDABLEMENTE, cada persona que va á los toros por su voluntad, lleva dentro de sí algo del espíritu de Torquemada, pero si además de por voluntad lo hace por ese hábito pernicioso de ir á la plaza, que se llama AFICIÓN, entonces posee por completo el espíritu del inquisidor célebre

Arrumbado cuanto representaba tiranía ó tormento, nos quedó como triste herencia de los viejos siglos de barbarie, esa crueldad en parte nativa y en algo imitada, que nos permite presenciar con el más crudo estoicismo durante algunas horas, el espectáculo del padecimiento reglamentado, de la perversión artística entronizada y del dolor inútil, que en otras circunstancias, excitaría nuestras lágrimas de piedad y en esa nos pone á flor de labio la carcajada del cimarrón, pintándonos en las nobles fisonomías el gesto atrabiliario de tiranuelos sin conciencia. Consagramos fervorosa atención al billete que nos da derecho á la entrada al circo; renegamos de la nube que enturbia el sol, como causa probable ó cuando menos, posible, de la suspensión de una corrida; nos dirigimos avizorados de un lugar al otro, en una excitación deplorable de vergonzosa nerviosidad, que nos haría empujar con impacientes dedos las manillas de los relojes; empequeñecemos los motivos de tristeza que podamos tener; la enfermedad del deudo, las afec-

ciones más tiernas, lo que presta cierto matiz de sublimidad á la vida; el amor, el deber, todo lo postergamos al afán ineludible, frenético, de ir á la plaza.

Mientras esto sucede, muchas familias que viven de la probabilidad de perder al que aman, se apresentan á servir al torero, también nervioso y pálido, que

se embute con el mayor cuidado y parsimonia, su mortaja de colores vivos con filigranas de oro. El amigo le recomienda *que se ARRIME*; otro afin de este cariño postizo y de relumbrón al diestro con renombre, le hace ver la necesidad *de que se estreche con los toros* y busque á todo trance el medio—

¡ridícula palabrería!—*de que le toquen las palmas*. Cuantos le rodean, le animan á eso, á que se deje honradamente perforar la piel para satisfacción del concurso, porque lo otro es *quedar mal con un toro que quizá sea un perro ó una hermana de la caridad sin malicia*. ¿Hay ejemplo de más perversos ó más torpes agonizantes? ¿De más burdos tutores? ¿De más ridículos consejeros? ¿No os trae á la memoria este lujo de recomendaciones macabras, á aquellas otras que preceden al momento de una ejecución en patíbulo? Allí, en un ángulo de la estancia, un niño rubio parpadea sin comprender que deberá su educación á los golpes, á la sangre del padre, á su muerte quizá... ¡No! ¡A su muerte, no! Porque el olvido que pesa por igual sobre todas las tumbas, caerá mañana sobre el triste héroe de la plaza, cuando deje de ser actualidad.

¡Vaya! ¡He aquí al hombre! Vestido, empaquetado, preso entre sedas y oro, sujeto por mil molestas ligaduras, ha de finjirse héroe y guapo. Destácanse sobre la nítida pechera, el semblante moreno y pletórico; las negras



Trágico momento de rematar un caballo con la puntilla

LA ESFERA

crines, relucientes y estiradas bajo la rizosa montera que es un atentado á la estética; la coleta trenzada con más mimo que la de una mujer, sujetando la moña que es un detalle de fealdad imprescindible, de un feminismo adocenado. La majería esboza en los trémulos labios mil chabacanos donaires que está muy ajeno á sentir; la atención del hombre, vaga lejos; se infiltra en la obscuridad de los toriles, donde en calma absoluta, la mal llamada fiera aguarda con sosiego el pinchazo de la divisa, el primero que la exasperará, preámbulo de un cuarto de hora de horrosa agonía...

Estamos en la plaza. Vigilad los preliminares. En el sucio corral, se hallan las reses destinadas al sacrificio y sobre el corredor pintado con un color sanguinolento, una nube de curiosos las acecha sin pestañear, sumando por el desarrollo de los cuernos y la seguridad de las pezuñas, las probabilidades de los mil peligros que han de correr los lidiadores. Los toros en tanto, maltrechos por el angosto cajón en que vivieron aprisionados varios días, dirigen á veces hacia lo alto su mirada pacífica, otean indiferentes y dan algunos pasos, sorprendidos por el insólito rumor. Pronto empezará el apartado, la última, la definitiva clausura.

Por el patio de caballos circulan varios hombres vestidos de rojo, librea de verdugo. Su ocupación es altamente beneficiosa. Se ocupan de la noble tarea, de sacar preparados con pobres y maltratados arreos á unos cuantos rocines faltos de vida y cuyos músculos tiemblan de cansancio y vejez. Las manos de aquellos hombres, adiestradas ya en esta faena, introducen en los oídos de los viejos corceles, la estopa destinada á ensordecernos, atando después, fuertemente, con prolijo cuidado y fino bramante, las nerviosas orejas.

Sobre los toriles retiembla el timbal y suena el

clarín estridente que semeja decir con sus largos chillidos metálicos: «¡Fijaos bien, que van á empezar á daros gusto!» Abrese la compuerta y un hombre de campo introduce una especie de viga destinada á cubrir la primera sangre del toro con un cin-tajo de colores. En tanto, los varilargueros esperan ya junto á la valla; su instinto, al que no pueden

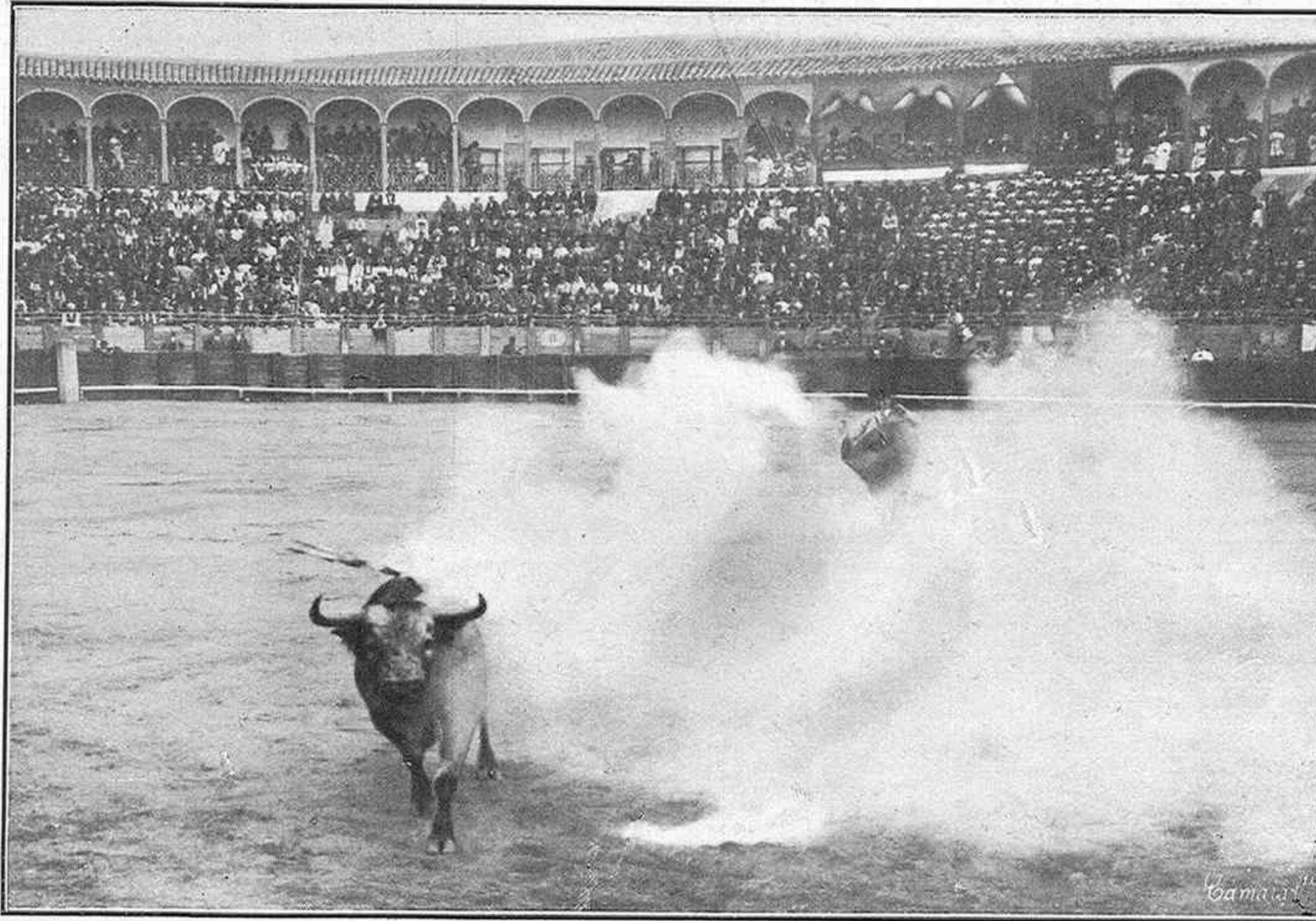
los ojos fulguran, el severo rostro del juez que ayer visteis en el estrado, la triste fisonomía del médico, la cara resignada del artesano, se transfiguran con una especie de voluptuosa ferocidad.

¡Al toro! ¡Al toro! Claman congestionados, dilatadas las arterias del cuello, próximos á la congestión. ¿Qué ha sucedido?—pregunta el que llega, em-

butiendo de pronto el hocico entre dos hombros que no se aperciben del golpe, largando una blasfemia cuidadosamente elegida, junto al oído de una dama.—¡Nada! ¡Una caída al descubierto! Pero ¿es posible que no lo haya visto? ¿Puede vivir así? ¡Cuánta belleza tuvo el lance! El bicho corajudo, soberbio, trezando fieramente los músculos de su cuello agujereado, hundió hasta la cepa el asta vengadora en el apollillado armazón del jamelgo, levantándole en vilo con su jinete, lanzando al picador de espaldas, para dejarle con las costillas rotas. ¡Aún se ve algo!; si, se ven al caballo y al toro en grupo apretadísimo y pintoresco, el caballo en forzada corveta, la crin erizada, el hocico cayendo inerte, descubiertos los largos dientes amarillos, sobre el cuerno que se hunde á placer en nuevos y furiosos derrotes, destrozándole las entrañas, aventando piltrafas de intestinos...

Aquel pobre animal, que tiene el triste privilegio de excitar con su dolor terrible la hilaridad pública puede resistir aún; la mano aque-

lla del hombre mitad rojo, extrae de la faja el duro pelote y carena la vía de sangre. ¡El instinto de vivir, otorga unos pasos todavía!... ¡Los remos están rígidos! Los temblores se acentúan en toda la piel, que adquiere un color especial. ¡Aún puede esquivar en el postrespanto, la mano del mono que trata de coger las riendas. La barrera está allí; un asistencia le desbrida, el otro separa la cabezada y levanta el puñal chato, corto, aguzado y fuerte, que se llama



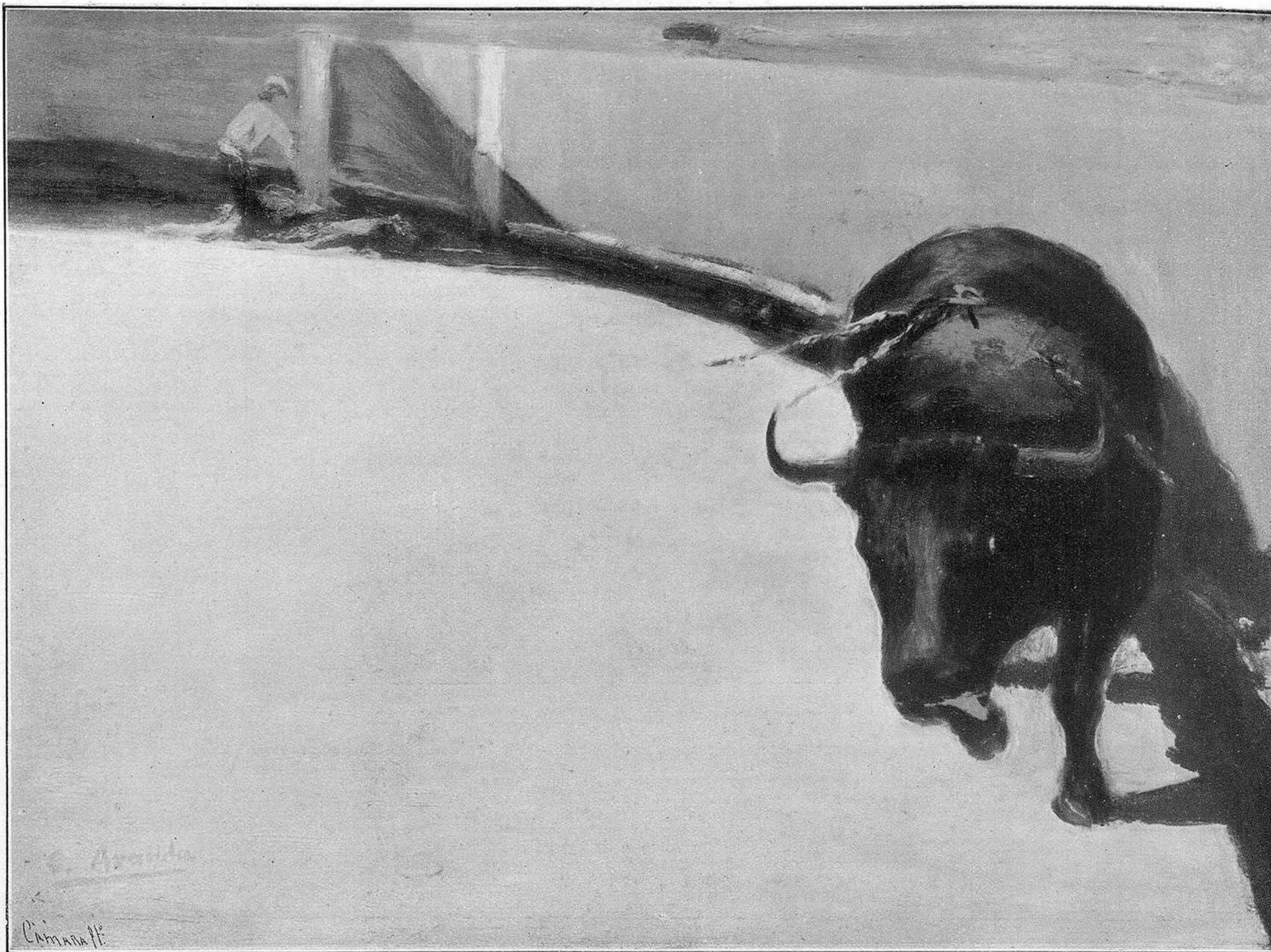
Banderillas de fuego, infame castigo impuesto á un toro manso

sustraerse, oblígalos á zarandearse sobre la silla, mientras sus monturas, con un ojo tapado y las orejas doloridas, encrespadas por el sufrimiento de la atroz ligadura, tiemblan con sacudimientos terribles á lo largo de las patas, presintiendo la cercana catástrofe.

¡Ea! ¡Ya está el toro en la liza! Braman los patri-cios y los ciudadanos; los vomitorios arrojan gente todavía; crece el burdel; las manos se tienden,



El toro corneando ferozmente á un caballo, después de la caída



La única víctima que no inspira compasión a los aficionados

CUADRO DE C. ARANDA

puntilla, da un golpe que marra, y el caballo gime, pero como el hombre habla distraídamente con el camarada y no acierta, repite una vez y otra, hendiendo el pelado cráneo, sin noción alguna de que bajo cada golpe, late el dolor de un suplicio espantoso.

El bicho es un mosaico de hoyos sanguinolentos, de hondas y largas sajaduras en que la piel se mueve independiente de la roja carne lacerada. ¡Hace falta más, porque el toro, después de todo aquello, resultó manso y hay necesidad de avivarle: ¡al buey! ¡já ver! ¡banderillas de fuego!

La carne al descubierto, crepita y se enciende y se tuesta; la pólvora pone sobre las quemaduras sus extensos y negros tizones, y el animal rebrinca entre una nube de humo acre, que se escapa también por las ardientes ventanas de su nariz sangrienta, y entonces, los mismos que conceden un descanso a la fatiga de sus perros, no pueden conceder tregua alguna al cansancio del toro, que ha de embeberse forzosamente en la muleta del espada, revolviendo sus pezuñas en el barro de la sangre que el caballo dejó.

El trapo rojo le burla y escarnece; la espada torpe, abre en la carne, acribillada, nuevos labios que escupan la sangre que queda, y, al fin, humillado, vencido, cojo, sosteniéndose en la roja barrera, destacando sobre el morrillo el manchón, más rojo, de encendida sangre, que crece y se ensancha y estrella sus gotas negruzcas en la tierra pálida, el pobre toro que, desde que entró en el angosto cajón, vehículo de su desgracia, no ha dejado de sufrir un instante, se

arrodilla y se entrega y se acaba... La fiesta, que no es fiesta, porque ni aun el diccionario de nuestro idioma le reconoce tal carácter; el lúgubre holgorio de las corridas, que no es tampoco un espectáculo nacional, porque si miles de españoles lo adoptan ó toleran, millones de ellos lo desdeñan ó aborrecen, es un loco desvarío de nuestra sociedad, que, ansiosa de cultura y progreso, va dejándose este tumor atávico sin atreverse a manejar ni el cauterio ni el bisturí para extirparlo. Es cierto, desdichadamente, que en todos los pueblos existen costumbres de salvajismo crudo; pero nuestra grandeza no ha de consistir en comparar un mal con otro, sino en

evitar juiciosamente el nuestro, más considerable cada vez. La majería y la guapeza de nuestra raza no debieron estar simbolizadas en el torero, sino en el español decidor y gracioso, gallardo y suelto en sus ademanes y medio hidalgo y medio pícaro, del buen estilo. Ni tampoco la majería de nuestras antiguas duquesas corrió temporales de amor con los lidiadores de toros, porque aunque para la tradición populachera, reyes, magnates y galanes y damas, vivieron exclusivamente por la plaza y para la plaza, hay que pensar en que España tuvo siempre demasiadas torpezas que corregir, yerros que enmendar y tósigos de que librarse, para rendir un culto exclusivo a los toros y a la torería.

Fuerza es, que no por leyes, sino por la virtud de nuestra reflexión, pongamos coto a este desmán continuo de instintos groseros que nos ahogan, matando otros más nobles y dignos de nuestra época.

Consideremos las corridas de toros como un bochornoso espectáculo, merecedor de la rápida decadencia, ya iniciada en él por efecto de una ley natural, y no endiosemos al traído y llevado lidiador de toros, cuando dejamos sin endiosar a tantos valerosos, tenaces y aun mutilados héroes del trabajo, de la abnegación, de la sorda y ruda labor de todos los días, que mata mucho más que los toros, sin sabor de epopeya, ni rastro de sangre, sino de lágrimas y harapos de miseria, en vez de lujosos girones de raso de color con pesados rodetes y lentejuelas de oro.



La puntilla: el tormento más piadoso de la lidia

TIMIDECES

CRÓNICA



TEATRAL

CEREBROS grandes y culturas de sólido prestigio, mueven de vez en vez las plumas, destilando jugosos pareceres sobre el presente y el porvenir de la dramática nacional. ¡Bienhayan su intención y su ejecución! Yo no soy de los que, en plena fiebre de pesimismo, publican la crisis de la crítica española. Viviendo, gracias á Dios y por muchos años, Manuel Bueno y Tomás Borrás, entre otros—claro que sólo me refiero á la crítica teatral,—no es honrado, ni justo, anular este género literario, con esa presunción sentenciosa que ponen los escépticos en sus diatribas.

Pero la crítica desprecia soberanamente la zarzuela, y hace bien, de momento. Desprecia la zarzuela porque de sus fronteras adentro no se columbra el arte. Esto es muy triste confesarlo para quien rinde culto á un género tan castizamente español, cuando Dios quería. Pero la confesión no es la irredención, sino todo lo contrario, y por la redención quiero romper una lanza.

Sería locura pretender encauzar la zarzuela por senderos filosóficos, ni erigir su escenario en tribuna pública donde predicar ideales de evolución social. ¡Tiene el arte tantas facetas! ¡Abre tantos caminos á sus sacerdotes! Si en la zarzuela no cabe la dialéctica, ¿por qué no aromarla con poesía?

Nuestro género chico adolece hoy de graves errores. Imperan en él la chabacanería y el mal gusto, á despecho del apartamiento que el público sensato va adoptando. Y el público sensato es mayor en número que el corrompido en gusto y en criterio, pese al empeño que los autorcillos ponen justificando sus aberraciones, con los célebres pareados de Lope: «Y, pues el vulgo es necio...» El género chico es lo bastante burdo y grosero para que repugne á los temperamentos delicados; pero no lo es tanto que satisfaga la glotonería sádica ó... ineducada de los espíritus... ¿Qué de los espíritus? ¡De los instintos brutos! Estos tienen su Meca en otros géneros de más bajo fondo, aunque en honor de la verdad, más sincero, como el baturro del chascarrillo que era maestro en la pesca sin anzuelo. ¡El que quiera picar, que pique!

Nuestra zarzuela, en espectáculo por horas, por la corta extensión, por la variedad de cuadros, generalmente, por la música—contra cuya emoción no hay sentimiento que se rebele por tosco é inculto que sea,—y hasta por su mismo carácter ligero y sobrio, á poca costa, puede aspirar á la predilección del público. Por esas mismas condiciones—que no por razones económicas ni «lumínicas»,—el cinematógrafo ha cautivado la atención mundial. Pero á la película le falta la palabra, la música y hasta la misma plasticidad. No es aventurado decir que nuestro género chico aventaja al cine. ¿Cómo, pues, se ha dejado vencer? Porque no pocas veces, el cine suscita la emoción dramática y hasta poética, en las comedias-films; brinda una cultura general, aunque dosimétrica, en la proyección de paisajes, talleres, laboratorios, faenas industriales ó agrícolas; pone á la vista la arquitectura de las más lejanas urbes y es un museo de costumbrismo cosmopolita, amén de que en esas grotescas farsas de André Deed y Max Linder y Prince, se mueve á risa á los buenos burgueses, sin ametrallar sus oídos con la obscenidad ni la grosería. Triunfa el cinema porque aventaja al género chico... actual. A estas horas, la zarzuelita vive en dos estrechas prisiones: el operetismo insustancial, ñoño hasta el límite máximo, y ese otro generillo de la farsa retorcida en frase, en asunto y en desarrollo. Porque no quiero hablar del *vaudeville* invasor, que se derrumbará con el mismo peso de su tontería; ni de la revista que nadie sabe cultivar, ni falta que hace.

El género chico, ligero si se quiere—sintético diríase mejor,—tiene sus canteras en el sainete, en la comedia popular, en la de costumbres y, sobre todo, en la poesía, hermana gemela de la música. Estas piezas líricas pudieran ser un considerable aspecto de la dramática nacional y, desde luego, el diseño de la ópera española, que nunca nacerá porque no se intenta engendrarla.



RUPERTO CHAPÍ
Insigne compositor español

Mientras tales filones continúan vírgenes, en Madrid hay dos teatros gemelos que echan carnaza á las fieras con pobre ropaje de astrakán; el regidor de otro, confía la administración de su caja á la seda, á la luz eléctrica y al desnudo, y todavía queda un empresario soñador, que pretende crear el género lírico nacional con un septimino palaciego y un coro de muchachas en traje de coracero. Con todo lo cual, Arniches no se acuerda de *El santo de la Isidra*, ni de *Dolorettes*; los Quinteros abandonan sus sainetes luminosos, limpios, risueños; Benavente, Marquina, Martínez Sierra, Villaespesa..., no abordan los teatros populares y acaso, acaso... se malogra una nueva generación que espera.

ooo

Hablando del renacimiento de la zarzuela, viene á la pluma irremediamente el nombre de nuestro genio musical, prematuramente desaparecido. ¡Falta Chapí! El relieve de este nombre se agiganta con el tiempo pasado, pese al olvido criminal en que se le tiene. Olvido no premeditado, seguramente; fruto de la indolencia, que no de la mala fe. Pero olvido funesto para nuestra lírica nacional, para el cultivo de nuestro jardín. Es incomprensible que en un país meridional, de hombres de corazón, la memoria de los grandes artistas se pierda calladamente, mientras perdura—menos mal,—el culto á los hombres de ciencia. Para alzar una estatua á Campoamor fué menester un tiempo excesivo y una constancia

de titanes en un pequeño grupo de sus devotos. Zorrilla no tiene estatua en Madrid; tampoco el duque de Rivas, ni Espronceda. No hablemos de Querol, cuyo cincel prodigioso tantas y tantas veces esculpió la figura de sus compatriotas, para perpetuarlos en el curso del tiempo, y cuya genial inspiración dió á la Corte de España sus más recios trazos en ese frontón valiente de la Biblioteca. No hablemos de Ganivet—á quien apenas se conoce,—ni de Fíguro, ni de Rosales, ni de Menéndez y Pelayo...

El caso de Chapí es quizás más doloroso. Podrá asentarse un monumento de cualquier maestro de la dramaturgia sin que tiemble la efígie de D. Pedro Calderón; honraremos á los ingenios de nuestra patria sin conmovir la estatua de Cervantes.

Mas, si un día las generaciones futuras honran en bronce ó mármol la figura de un músico español, los manes de Chapí clamarán justamente y nos acusarán con evidente razón, si nuestros hijos no han reparado esa gran injusticia que hemos cometido los hombres de hoy.

En Chapí ha tenido la zarzuela española su más firme mantenedor durante treinta años. Si asombra su labor de músico por la cantidad, la calidad y la variedad, no hubiera bastado esto para considerarle en todo su valor, sin la energía con que luchó en todos los terrenos para abrillantar el prestigio del género lírico.

Comenzó su vida artística, y á la sazón predominaba la zarzuela grande. A este género llevó nuevas corrientes de trascendencia musical, de vigor y de consistencia, que no abundaban ciertamente en los aires transpirenaicos, venidos á España bajo el pabellón de Offenbach y sus secuaces.

Y legó á nuestra historia *La Bruja y La Tempestad*—sin citar otras varias,—que vivirán una vida lozana, cuanto tiempo perdure el teatro lírico español.

Nació el género chico, en extrañas condiciones de vulgaridad, y Chapí llegó á sus fronteras para dignificarlo por gracia de su arte. Y allí vertió su labor más copiosa en doscientos actos, abordando todos los temas, desde *La Czarina* á *La venta de Don Quijote*, pasando por *La Revoltosa*.

Luchó con las empresas por defender su prestigio musical y bien se recordará aquellas dos temporadas en que, sólo contra todos los elementos dictadores, peleó en el teatro Eslava hasta triunfar en toda la línea.

Vió en peligro el porvenir del teatro lírico, atenzados los compositores por la usura y la tiranía editora, y fundó la Sociedad de Autores Españoles, presentando batalla á los millones del enemigo, que en todas las armas se emplearon y, además de su energía puesta á prueba mil y mil veces, supo sacrificar sus obras por el ideal redentor.

Surgió un empresario capaz, en su deseo, de implantar la ópera española en casa propia, y Chapí escribió su *Circe* y planeó otras dos partituras. El fracaso de aquella empresa, por premura de tiempo y deficiencias de organización, no puede argüirsele al gran músico, gran trabajador.

Y todavía le sobraron alientos para llevar al Real *Margarita la Tornera*—cuyo tercer acto será por mucho tiempo lo más fuerte del arte musical español,—combatiendo con el abono, con los divos, con Ricordi y Sonzogno, y atrayendo sobre su cabeza el aplauso y la admiración de la crítica y muy especialmente de aquel público difícil. No era cortesía, ni patriotismo, ni otra cosa que sincero homenaje. En cada representación crecía el fervor del auditorio, se enteraba más. Con un reparto mejor intencionado—con esos repartos que en la patria de Chapí se otorgan solamente á Puccini,—*Margarita la Tornera* hubiera asombrado á España.

¿Es una insensatez evocar la memoria de Chapí en un empeño de renovación lírica, para el cual se requiere tanta energía, tanto civismo, tanto talento...?

FEDERICO ROMERO

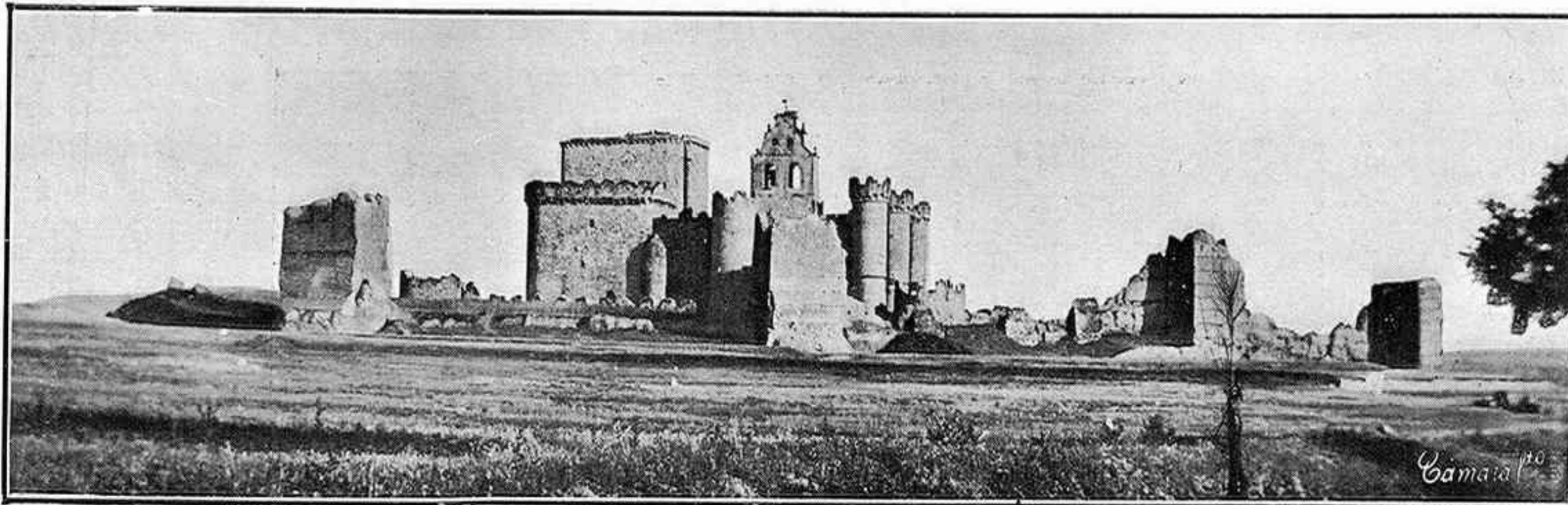
POR TIERRAS SEGOVIANAS
TURÉGANO Y SU CASTILLO

TENDIDA perezosamente sobre el pintoresco valle que fertilizan los arroyos Mulas y Valseco, añorando su pasado esplendoroso y lamentando su abandono presente, la antigua villa de Turégano dormita...

Y es que la moderna población, tranquila como todas las viejas villas castellanas, pero orgullosa de su origen, como esos rancios hidalgos á quienes el tiempo—¡traidor!—robó su fortuna, dejándoles sólo la vanidad de una cifra heráldica, recuerda su abolengo histórico y se envanece de ser el bello solar del cual, al quedar libre de la morisca, hizo el buen Fernán González, primer conde independiente de Castilla, jardín de sus amores y baluarte y apoyo del Noroeste de la provincia segoviana.

Asegúrase, en efecto, que este conde ordenó á su hijo, D. Gonzalo, la repoblación de este lugar y la construcción de la actual fortaleza, denominándola *Turrís vega* (Torre de la vega). Sin pretender ir contra esta venerable tradición, será conveniente apuntar aquí que en lo antiguo se conocía á Turégano con el nombre de *Torodano*, según puede verse en varios documentos de aquella época y posteriores: la misma doña Urraca escribe *Torodano*, y no *Turvégano*, como quieren algunos, en la cédula de donación de esta villa, hecha á la mitra de Segovia, en la persona del obispo D. Pedro, el año 1523 (1). Fué desde entonces Turégano—igual que *Cova Covallar*, Caballar moderno,—del señorío de los obispos segovianos, quienes enriquecieron sucesivamente la villa y la poseyeron hasta que la majestad de Carlos III los desposeyó de ella,

(1) Era 1161. En igual fecha, D. Alfonso VII, que se hallaba disgustado con su madre, á consecuencia de los atrevimientos del conde de Lara, expidió también otra cédula concediendo la villa citada á la Iglesia de Segovia, en cuya ciudad se encontraban, aunque separados, madre é hijo.



Vista general de las ruinas del castillo de Turégano

siendo prelado el Ilmo. Sr. D. Antonio Marcos Llanos; aún conservan, sin embargo, los obispos de Segovia, el título de señores de Turégano.

De sus edificios notables, sólo queda el castillo, pues la actual iglesia, de bella arquitectura románica, ha sufrido tan bárbaras restauraciones que ni aun su ábside, verdaderamente clásico y elegante, puede contemplarse sin pena: y de su otro famoso templo, el de Santa María, en cuyo recinto celebrara Sínodo D. Lope de Barrientos, el 3 de Mayo de 1440, ni aun las ruinas quedan, por desgracia.

El castillo, que en una pequeña colina próxima á la villa, se yergue airoso, aunque maltratado por los años, es un cuadrado construido de rojiza piedra, y flanqueado por fortísimas torres, defendidas por innumerables saeteras, y rematadas por triple diadema de matacanes, almenas y bolas. Dentro del recinto de esta fortaleza, y en lo que debiera de haber sido su plaza de armas, está emplazada una iglesia, también románica del siglo XIII: y es tal su acoplamiento con el resto del edificio y tal la similitud de su arquitectura con la de la fortaleza, que sería muy aventurado afirmar, si el templo fué alzado con prioridad ó si lo fué el castillo, en el supuesto que no se alzarán y construyeran ambos á la vez, lo que parece más probable. ¡Lástima grande que las reformas hechas, en 1465, por el obispo Arias, con objeto de fortificar mejor el casti-

llo, hayan quitado visualidad y carácter á ambas construcciones!

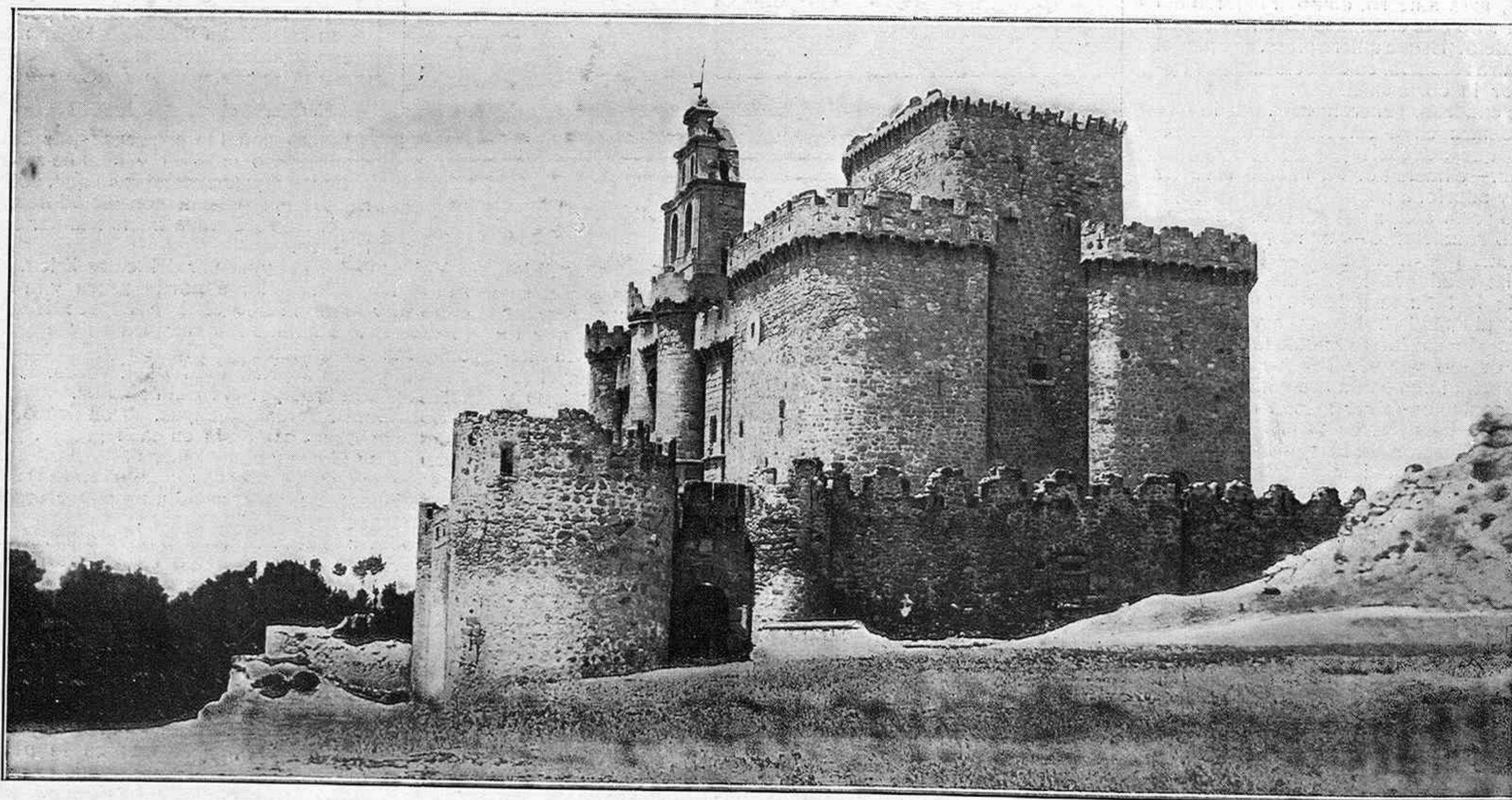
Frecuente residencia de los prebendados de Segovia, también lo fué este castillo de nuestros reyes en diversas ocasiones; y más de una vez sirvió de cárcel á elevados personajes; preso estuvo en él, por orden del severo Felipe II, el célebre Antonio Pérez, hasta que por fin logró evadirse y huir á

Aragón, si bien no logró escapar al rencor del rey.

Testigo de innumerables hechos históricos, cuya relación haría interminable este trabajo, sabe este castillo muchos secretos y conoce al detalle el proceso de las infinitas intrigas y conjuraciones tramadas en su recinto durante los reinados del cruel D. Pedro, del fratricida D. Enrique, del débil D. Juan II, y sobre todo, del pusilánime Enrique IV; y aún, al recorrer los abandonados salones de esta fortaleza, cree el viajero percibir la recia voz del indomable y fiero obispo D. Juan Arias de Avila, enemigo irreconciliable del favorito D. Beltrán, dando á sus arcos la orden de colgar de la almena más alta, á uno de los dos caballeros que el rey enviara á Turégano con la misión de llevar al obispo á la Corte, de grado ó por fuerza. Y aún, en las heladas noches del invierno, cuando el viento se estrella contra los fuertes muros del castillo y se retuerce, silbando, entre saeteras, matacanes y almenas, las buenas viejas rezadoras asustan á sus nietos con el relato del tremendo suceso y les aseguran muy formales que los estridentes rugidos que se escuchan son los lamentos del infeliz caballero cuya alma en pena vaga por el castillo, maldiciendo al iracundo y terrible prelado.

Y por el descanso de los dos, rezan...

HERACLIO S. VITERI



El castillo de Turégano y la iglesia del siglo XIII

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
ESTÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICAS
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

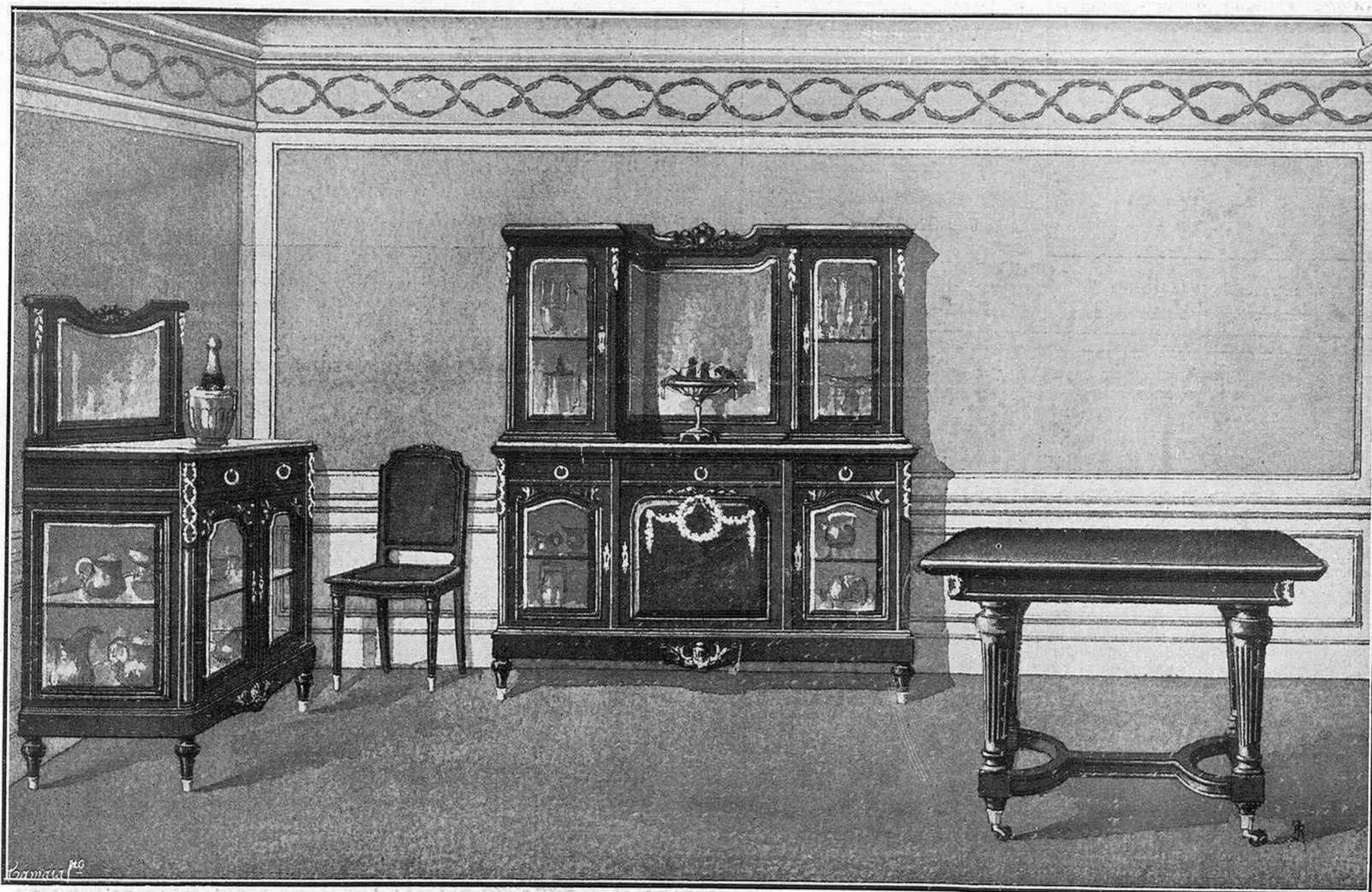
36, B.D DES ITALIENS

S.^T PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE



SANTOS RIESCO 35, ALCALÁ, 35
Muebles de lujo • Salones • Gabinetes • Alcobas • Comedores

Humber

Una visita personal á los depósitos de la casa Humber, en España, para poder examinar los distintos modelos 1914, seguramente compensaría el pequeño sacrificio que esto pueda significar.

El cliente observará á primer golpe de vista la accesibilidad de todo el mecanismo, las importantísimas mejoras introducidas para 1914, juntamente con excelente funcionamiento del motor, y comodidad de su carrocería.

Cada modelo "Humber" se entrega completo para emprender viaje, incluyendo en las especificaciones la Capota Americana, el parabrisas, faros de situación, faroles de costado y piloto, bocina, herramientas, ruedas intercambiables de acero, rueda auxiliar completa, y una hermosísima carrocería torpedo.

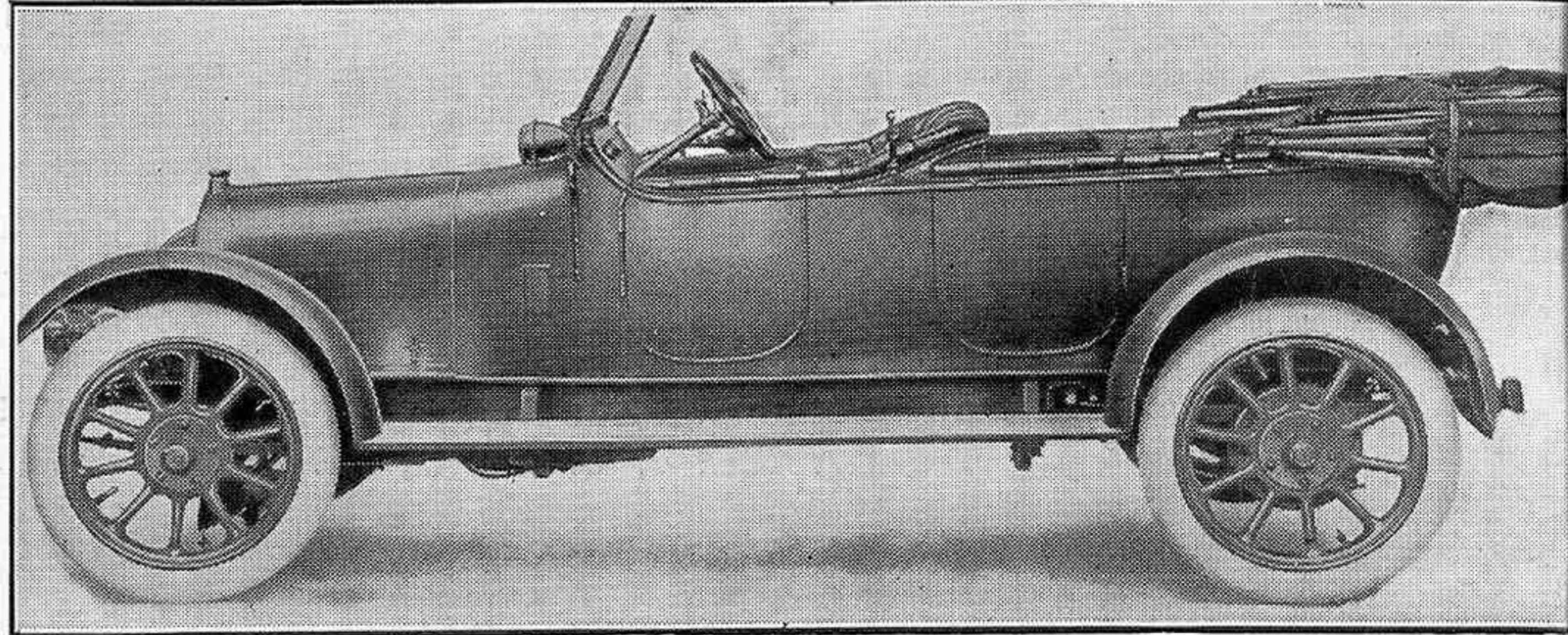
La casa "Humber", con el objeto de hacer el Automóvil accesible á todas las fortunas, tiene coches desde el precio de **Ptas. 4.500** entregados en España, incluidos los derechos de Aduana.

Con mucho gusto entregaremos á nuestros clientes catálogos en Español, ya sea para automóviles ó coches ciclos, así como también el nombre de nuestro representante más próximo.

HUMBER LIMITED - Coventry

Delegación de España:

JULIO BARRERAS - VIGO



10 HP, 1914

LA FÁBRICA DE PLATERÍA DE M. ESPUÑES



Vista exterior de la fábrica

Atendiendo la amable invitación de la Casa M. Espuñes, nos personamos días pasados en la calle de Gaztambide, núm. 3, para visitar la moderna instalación de su Fábrica de Platería. :: Por la minuciosa información que hicimos y las explicaciones que nos dieron, entendemos de interés público dar á conocer gráficamente esta casa que por los importantes elementos de que dispone, puede ofrecer producciones de muy buen gusto á precios sumamente económicos, como podrá comprobar quien visite su único despacho de la calle de

SEVILLA, núm. 2



Aspecto de uno de los talleres de la gran fábrica de platería

UNA REVOLUCIÓN EN EL CINEMATÓGRAFO

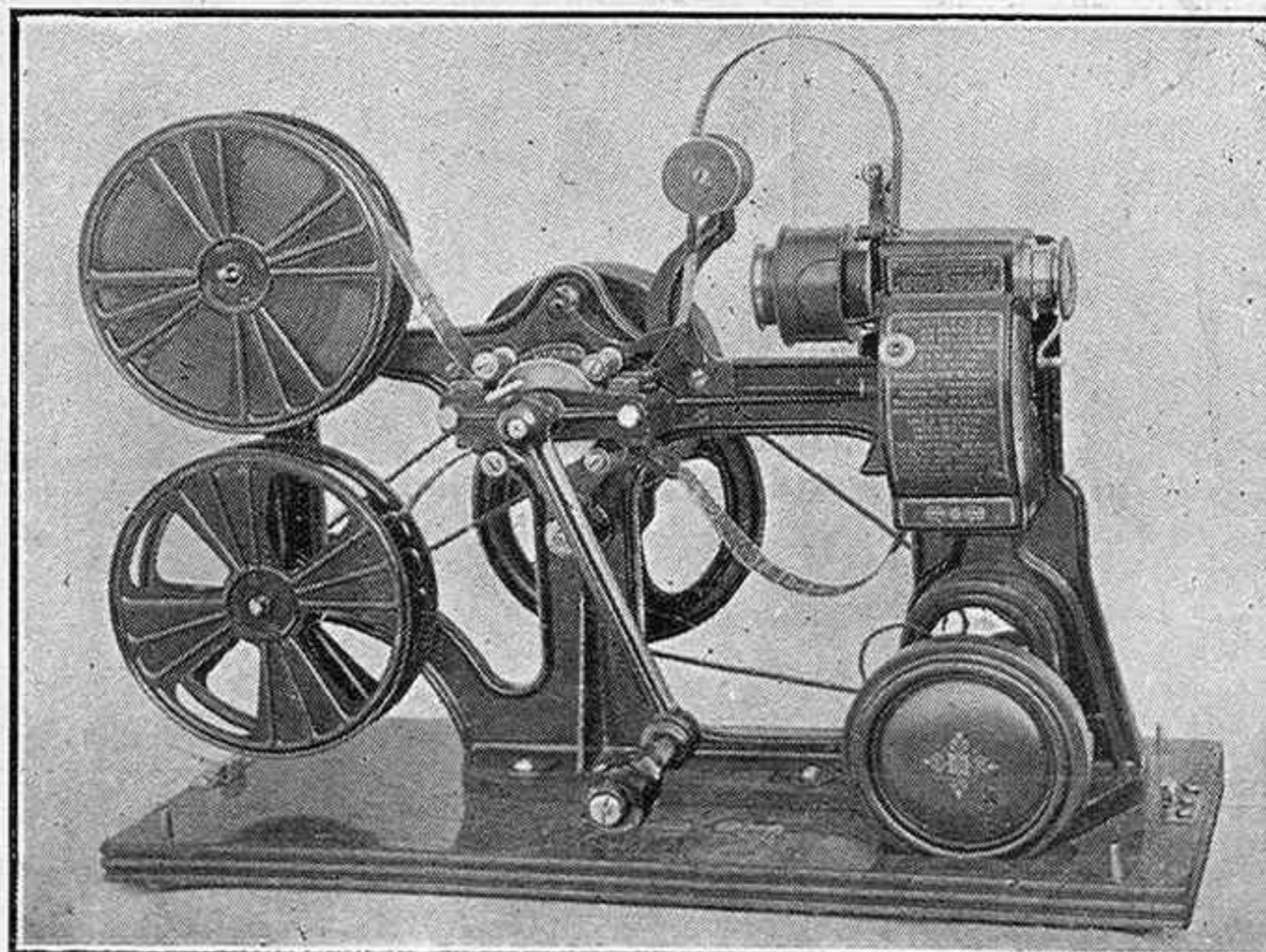
➔ LAS PELÍCULAS ININFLAMABLES :: LAS PROYECCIONES CIENTÍFICAS ➔
LA VERDADERA APLICACIÓN DE ESTE MARAVILLOSO INVENTO

Hasta hoy, la importancia del coste de toda instalación cinematográfica limitaba á los espectáculos públicos la aplicación del maravilloso invento que tanto ha influido en las costumbres modernas. Requería, en primer lugar, la construcción de un local *ad hoc*, no siempre en las condiciones de seguridad é higiene que deben apetecerse; exigía, además, personal adiestrado en el manejo de aparatos y películas y llevaba consigo una cantidad no pequeña de inconvenientes que, con toda certeza, no escaparán á la consideración del lector. Hoy, con el aparato «Kok», afortunadísimo resultado de los asiduos trabajos de la Casa Pathé Frères, se resuelven de plano y uno por uno cuantos inconvenientes pueda tener el cinematógrafo conocido.

En un estuche cuyo volumen es menor que el de una máquina de escribir, se contiene todo lo que constituye el aparato «Kok», y el aparato «Kok» no es ni más ni menos que un cinematógrafo completo para dar proyecciones en la casa, en la tranquilidad y comodidad del hogar, sin molestias, sin peligros, sin ninguna clase de inconvenientes.

Su ingeniosa construcción permite enchufar el aparato á la instalación de una bombilla corriente de alumbrado eléctrico.

La proyección puede hacerse desde cualquier distancia y desde el tamaño de tarjeta postal hasta más



de tres metros; es decir, como las proyecciones habituales de los grandes cinematógrafos. Colocada la película, se hace funcionar un interruptor y el aparato se pone en movimiento sin necesidad de ninguna otra manipulación hasta pasada la película por el tero.

Estas sencillísimas disposiciones permiten á cualquier persona efectuar las proyecciones; un niño sin ninguna clase de peligros, puede hacer todas las manipulaciones con la propia perfección de un profesional del cinematógrafo.

Las películas son completamente ininflamables; el stock de las mismas es inagotable y variadísimo en sus asuntos, y dada la baratatura de los abonos y las ingeniosas combinaciones que por el alquiler de películas tiene establecida la casa Pathé, el comprador de un aparato «Kok» tiene siempre á disposición un repertorio variado y del más alto interés.

Los representantes de los aparatos
"KOK"

son los señores VILASECA y LEDESMA, establecidos en esta corte, calle MAYOR, 18, entre